

PUERTAS EN LA OSCURIDAD

ADRIANA BÓRQUEZ ADRIAZOLA



COLECCIÓN NARRATIVA - TESTIMONIO

EDICIONES INUBICALISTAS

ADRIANA BÓRQUEZ ADRIAZOLA

PUERTAS EN LA OSCURIDAD

EDICIONES INUBICALISTAS

PRÓLOGO

El propósito al redactar estas páginas es pagar una deuda de honor a quienes salvaron mi vida y la de mis hijas, al igual que a miles de chilenos librados de perecer en manos de la dictadura militar que asoló a nuestro pueblo en las décadas de los 70 y 80.

A no ser por el socorro de las redes de la Iglesia en Chile, con extensiones por todo el mundo occidental, las víctimas sobrevivientes de la represión política de esos años no estaríamos aquí para reforzar la memoria de la Historia en torno al rol que jugó *esa* iglesia, entonces –opacado y confundido por los escándalos posteriores sacados a luz y un histórico compromiso con los poderes que oprimen a los pueblos.

Hago referencia a los hombres y mujeres inspirados en la Teología de la Liberación, a aquellos que se reencontraron con los orígenes de la filosofía cristiana de la confraternidad y la solidaridad humanas. Barro al estercolero los intereses creados en torno al Poder, el egoísmo incapaz de empatizar con el prójimo sufriente, la falta de compasión y humildad. Separo a la iglesia amparadora de pedófilos,

explotadores, represores y abusadores bajo todas sus formas, de la iglesia sensible a lo más profundo de la indefensión humana frente al mal. Aunque ya no profeso fe religiosa alguna, me inclino con respeto y gratitud ante los hacedores de bien.

Si la iglesia institucional tuviera como práctica cotidiana el oído dispuesto para escuchar y atender a las necesidades humanas de sus hombres y sus mujeres, no habría lugar para la fragilidad de la grandeza de personas que arriesgaron la vida por salvar la de otros. Me refiero a alguno de los bienhechores que han sido relegados a lejanías y olvidos, porque el brillo de su entrega a los demás cuestiona el boato hipócrita y la gazmoñería vigentes y el maridaje con el poder establecido. El entendimiento del legado y la inspiración del Cristo-dios-hombre, guía del caminar peregrino por la vida, merece gratitud.

Esta vía crucis de espanto pude andarla sólo porque, en ese momento de la Historia, se manifestó una iglesia que retornó a sus orígenes junto a los pobres y perseguidos de la Tierra; una iglesia compasiva y comprometida con el dolor de los desamparados.

Doy las gracias más encarecidas a quienes la sirvieron humildemente, fieles a la generosidad del amor.

Adriana Bórquez Adiazola
Talca, Invierno de 2015

I. DE REGRESO DEL CAUTIVERIO

El paisaje se deslizaba por la ventanilla cual borrosa película muda. Más allá de los potreros en barbecho, los pastizales y boscajes en las suaves lomas, se perfilaba la cadena azul grisácea coronada de blanco de la Cordillera de Los Andes. Los últimos rayos de sol de invierno teñían de engañosa tibieza los campos del Valle Central.

El rítmico tableteo de las ruedas del tren en los rieles no lograba aquietar mis cinco sentidos en alerta ante la incertidumbre de lo que esperaba al final del trayecto en la última estación.

Iba cogida de la mano de mi hija apenas adolescente, como si ella fuese el cabo que me ataba a la vida. En mi mente el tiempo se hallaba roto en trozos dispersos que flotaban entrechocándose en la búsqueda de su lugar en un rompecabezas de torbellino. No obstante, no podía dilatar más la confidencia que habría de determinar el curso de nuestras respectivas historias. Debía hablar ahora, para que Lichi tomara su propia determinación en esta encrucijada decisiva:

Había negociado mi “libertad” hacía menos de cuarenta y ocho horas, como la única y última posibilidad de salir viva de las

garras de la DINA¹. Se habían cumplido tres meses desde que fuera detenida una madrugada en mi casa y en ese tiempo había conocido hasta la saciedad, la amplia gama de tormentos puestos en práctica por los servicios secretos de la Dictadura Militar. Había logrado no sucumbir ante las torturas físicas y psicológicas que se ensañaba con la fragilidad de mi cuerpo y el debilitamiento de mi mente. Con el paso de los días y el espaciamiento de las sesiones de tortura comencé a sospechar que mis captores se habían convencido de mi “inocencia e ignorancia” y que lo que quedaba por delante era mi eliminación o... reclutamiento. Por ello, cuando el “jefe” de la casa de seguridad en que me mantenían secuestrada, “Don Felipe”, fue a conversar conmigo al cuarto donde estaba encerrada, no me sorprendió su proposición de convertirme en “colaboradora” a cambio de mi vida. Yo sabía el significado de la oferta: ser informante, delatora, entregar a mis pares, condenarlos al infierno que yo bien conocía, traicionar ideales, dar la espalda a todo lo que era el sentido de mi existencia. Prefería la muerte. Sin embargo, un chispazo de intuición frenó mi protesta indignada y altanera y solicité unos minutos para reflexionar.

Me dije que debía intentar salir de allí con vida para alcanzar a alertar a las organizaciones de resistencia sobre lo que había aprendido en esos meses para, así, prevenir y readecuar las acciones disidentes. Lo más probable era que fracasara en el intento y terminara desapa-

1. Dirección de Inteligencia Nacional, órgano de seguridad de la Dictadura Militar de Augusto Pinochet Ugarte, general de la República que encabezó el Golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973.

reciendo definitivamente, o con mi cadáver arrojado por cualquier rincón de mi tierra. No obstante, había que arriesgarse.

El “Don Felipe” trazó un itinerario y cronograma que debería cumplir desde el momento de mi “liberación”. Pronto comenzaron los preparativos para mi “regreso al mundo”. Uno de los agentes de servicio en la casa –conocida como “La Discothèque” o “La Venda Sexy”– se encargó del aseo y recorte de mis maltratados cabellos; me procuraron ropa limpia; por su parte, el “Brujo” –un agente que las hacía de hipnotizador, Osvaldo Pincetti Gag– me dio una repasada de las condiciones de mi compromiso, en una farsesca sesión de hipnotismo. Al atardecer, vendaron mis ojos y, sin mayores explicaciones, me subieron a la parte posterior de una camioneta.

Arrinconada en el fondo del pick-up, presentía la presencia de dos o tres hombres, seguramente guardias que custodiaban el operativo. Apenas si respiraba, dominada por el miedo y la incertidumbre. ¿Sería ésta sólo la puesta en escena para una parodia de aplicación de la Ley de Fuga o de un “enfrentamiento” entre las fuerzas gubernamentales y esta supuesta terrorista para, finalmente, pasar a ser yo un asesinato más de los que cometía la dictadura a diario? ¿O sería posible que dispusiera de un minúsculo resquicio para llevar a cabo mi plan de escapar y seguir entregando mi vida al quehacer clandestino de la Resistencia? ¿A dónde me llevaba este recorrido inacabable por entre el tumulto del tráfico callejero? La camioneta avanzaba por rectas y súbitas curvas que me zamarreaban de lado a lado sobre el piso de

metal, frío y duro, del vehículo. Los agentes guardaban completo silencio. Percibí que nos alejábamos del tránsito urbano; las irregularidades del asfalto sacudían la camioneta con brusquedad, hasta que se detuvo abruptamente.

Me cogieron de los brazos para ayudarme a descender y dejarme parada en medio de la nada. Escuché la voz del “Brujo” que me daba instrucciones muy cerca del oído: “Voy a quitarte la venda; mantén los ojos cerrados y la cabeza agachada. Contarás hasta treinta para mirar al frente y comenzar a caminar, sin volverte.” Su aliento vinagre impregnado a alcohol y cigarrillos me puso de golpe en el contexto real e inmediato de lo que estaba sucediendo. Había llegado la hora de develar la incógnita final. Trataba de mantenerme erguida, de no temblar, de no desmoronarme; sería digna, a toda costa, en el momento supremo de la verdad: algún día mis hijas conocerían de la entereza de su madre en el final de la lucha por su pueblo.

Sentí el rumor de pasos que se alejaban. Imaginé que me darían el tiro de gracia desde cierta distancia, pero el sonido de la puesta en marcha del motor del vehículo confundió aún más mis aciagas expectativas. A no ser por los brazos que me rodearon y sostuvieron en ese mismo instante, habría rodado por el suelo. Me aferré con la desesperación de la agonía al ser humano que me cobijaba en su pecho, sin atreverme aún a abrir los ojos: seguía haciendo mentalmente la cuenta que se me había ordenado. Mi hermana me llamaba quedamente por mi nombre y yo no conseguía reconocerla ni, menos, saberme muerta o todavía con vida. Recostada entre sus

brazos, me di cuenta que penetrábamos a la casa. Una casa extraña, que no conocía; en los años que habíamos estado alejadas, mi hermana había cambiado de domicilio. Eso no había sido óbice para que la policía secreta la ubicara.

Paulatinamente fuimos confidenciándonos nuestros pasos por el escabroso episodio que estábamos viviendo: Pasado un tiempo desde que la familia tuviera noticias de mi desaparecimiento, el “Brujo”, en representación de la DINA, había contactado a mi hermana para advertirla de la posibilidad de recuperarme si la familia se responsabilizaba de mi “buena conducta”. Eliana –cuyo marido estaba en la mira de los servicios de seguridad por haber sido funcionario civil de Carabineros y de conocida militancia de izquierda– comprometió su disposición a encaminarme por los debidos caminos, a la vez que contactaba a gente amiga y al Comité Pro-Paz para elaborar una estrategia que permitiera mi liberación, primero, y luego, mi protección ayudada por las organizaciones de derechos humanos que habían florecido a la par que la represión se endurecía.

Me cuesta revivir esas horas de pavor en su casa, a la espera de la llegada del nuevo día. Existía, indudablemente, la posibilidad de que toda la parafernalia de mi liberación no fuera más que una trampa para involucrar a mis familiares, ya que, por esos tiempos, nadie podía considerarse a salvo de la indiscriminada persecución desencadenada por el gobierno militar.

Apenas lograba darme cuenta del entorno en que me encontraba; una abrumadora fatiga empañaba mis sentidos. Oía lejano el

ruido de los juegos de los hijos menores de mi hermana en la pieza contigua, mientras permanecía encogida junto a la estufa del living, en espera... no sabía de qué, de cualquier acontecimiento, de una orden, de un golpe a mansalva... La sobrina mayorcita se acercó con una tímida sonrisa y una taza de té caliente. “Tía”, me llamó. Sonó extraño en mi mente acostumbrada a ser interpelada con el nombre que me daban los guardias de mi cárcel –“oye, Chica”– o con groserías y apodos burlescos.

Luego, me condujeron a la sala de baño donde mi sobrina ayudó a desnudarme y procedió suavemente a darme una ducha tibia. Yo dejaba hacer, sin voluntad para tomar iniciativa alguna.

Lo único que pedí fue que retiraran mis zapatos del interior de la casa, por temor a que la DINA hubiera escondido en sus tacos un dispositivo para rastrearne o un micrófono; a tal punto llegaba mi terror; - el “Brujo” había pretendido entusiasmarme con el trabajo de espionaje mostrándome un lápiz y otros pequeños artículos que servían para simular micrófonos, hojas cortantes o armas de fuego. Mi hermana me llevó a un dormitorio, se sentó junto a mí en la orilla de la cama y, tomándome las manos, fue explicándome las providencias tomadas de antemano en el caso de que la DINA me dejara “libre”. Al día siguiente vendría “alguien” a buscarme temprano, para tratar de despistar a quienes estuvieran vigilándome, y realizar el periplo ideado por la cadena solidaria para extraviarme en las redes de ayuda del Comité Pro-Paz.

Como es de suponer, ninguno de los adultos pudo conciliar el sueño. A cada instante, creía oír pisadas sobre el prado que rodeaba la

vivienda y los latidos de mi corazón se suspendían, o me sobresaltaba el ruido de bruscas frenadas de automóviles en la calle; el aleteo de algún ave nocturna me paralizaba de pánico.

Nos levantamos muy temprano a la espera de ejecutar el próximo paso para concretar el escape. A la hora en que el primer trajín mañanero del barrio había pasado y que los niños hubieran partido al colegio, salí de la casa. Un jeep aguardaba junto a la vereda. Eliana y yo nos abrazamos trémulas, temiendo que ésta pudiera ser la última vez que nos viéramos con vida.

La portezuela del vehículo se abrió desde el interior, subí y me acomodé, siempre con la vista gacha. Una mano se estiró y cogió la mía, acariciando mis dedos uno a uno. Levanté los ojos para mirar el rostro del dueño de esas caricias, porque las había reconocido al acto, de tanto añorarlas en esos meses de prisión y muerte. ¡Era “él”, el encargado de rescatarme en ese instante! “No, no me toques”, supliqué, “estoy sucia, estoy manchada... ¡Tú no sabes!” Se inclinó hacia mí levantándose el mentón y con sus ojos limpios confirmó lo que sus labios pronunciaron: “Tú no estás sucia; eres la de antes, la de siempre...” “Es que tú no sabes...” “Sí sé; lo supongo. Pero nada ha logrado manchar tu esencia; eres la misma mujer candorosa que yo conocí; “ellos” no han llegado a tocarte el alma, y eso es lo que importa.”

El jeep partió zigzagueando por calles, avenidas, pasajes, yendo por diferentes comunas, perdiéndose en el enredo de una madeja

revuelta. Sólo nos detuvimos para comprar panes a un vendedor callejero; mientras, “él” me explicaba el plan concebido para no dejar huellas de mi rumbo.

Promediando la tarde nos detuvimos en el departamento donde mi hija mayor vivía, ahora, con su padre. Quería verla sana y salva y prevenirla, antes de alejarme quién sabe por cuánto tiempo.

Durante las semanas pasadas en Colonia Dignidad –el campo secreto de tortura y exterminio que la DINA mantenía en el fundo de colonos alemanes cerca de Parral– había sido testigo de las terribles vejaciones a que se sometía a los prisioneros, sin distinción de sexo ni edad. Tenía que advertir a mi niña de los riesgos a que estaba expuesta si insistía en inmiscuirse en acciones de disidencia contra la dictadura. Era miembro de las Juventudes del partido y yo, ya bien me había dado cuenta que la organización no cuidaba a los muchachos y muchachas y que no se trepidaba en aventurarlos en la prosecución de los servicios de seguridad, encargándoles tareas riesgosas de contactos y correos.

Lichi no lograba precisar su emoción al ver que su madre estaba ante ella. Hacía semanas que había renunciado a encontrarme nuevamente con vida. En pocas palabras estuvo al tanto de mis intenciones de viajar esa misma tarde a Talca “para arreglar unos asuntos”. La verdad, es que ese viaje era un paso ordenado por la DINA para que recogiera ropas, libros y material para ejercer mi profesión, puesto que me había asignado la tarea de hacer clases a la vez que espionar a

colegas y alumnos en un liceo en Conchalí. Según las indicaciones recibidas antes de mi liberación, debía recoger lo indispensable para comenzar mi existencia al alero de la policía secreta y servir de señuelo para apresar a mis compañeros y colaborar en la represión al pueblo. Por mi parte, necesitaba ver a mi hija menor, asegurarme de su bienestar y pedir a quienes la cuidaban en mi ausencia que la acogieran unos días más, que yo regresaría a fines de mes a recogerla —aunque sabía que eso no sería posible, ya que al día siguiente, cuando hubiera regresado a Santiago, me sumergiría en la clandestinidad, refugiada por la Iglesia, datos que no podía dar a conocer, ya que podrían llevar a mis perseguidores a encontrarme. Lichi insistió en ir conmigo.

Llegamos a Talca entrada la noche. El viaje también servía para despistar a los agentes que, seguramente, estarían vigilando mis pasos.

Durante el cautiverio había conservado la llave de mi casa; nos dirigimos allá. Abrimos la puerta, encendimos la luz y vimos un panorama desolador: caos y suciedad, olor ácido a alimentos descompuestos, ropa esparcida por el piso de tablas humedecidas, hediondez de ratones en el aire gélido, libros destrozados y hojas sueltas de documentos encima de los pocos muebles rotos que encontramos; el refrigerador, la cocina, las camas, la máquina de coser, la cómoda, habían desaparecido. Nuestro hogar había sido arrasado.

Sobre la mesita que había servido de velador, estaba intacto el Nuevo Testamento que “él” me había regalado hacía apenas un año atrás. Lo aferré contra el pecho como si fuese tabla de esperanza y luz

para sobrevivir a la vorágine de que me hablaba mi hogar invadido por las fuerzas de una maldad que no acababa de entender. Permanecimos paradas en medio del dolor, abrazadas y mudas de estupor. Me sentía mancillada una vez más, como si esta morada nuestra fuera otra parte de mi cuerpo ultrajado. Con todo, esa noche fría de invierno, en medio de la niebla, habría de ser nuestro cobijo, porque no me atrevía a acercarme a otra casa, por temor a contaminarla con mi presencia de prófuga de la dictadura. Acaricié a mi hija, tratando de reconfortarla. Ella tomó la iniciativa de reunir las prendas dispersas y armar un cojín donde pudiéramos echarnos a descansar. Finalmente, el sueño, el hambre y las emociones nos vencieron. Despertamos entrado el amanecer. Supe que no soportaría volver allí nunca más.

Después de acomodar nuestras ropas y de lavarnos salimos a la calle, alejándonos para siempre de ese lugar devastado que había sido nuestro hogar. Nos dirigimos a casa de Nana y el Nano, una pareja de buenos cristianos del vecindario, que yo tenía idea que habían acogido a mi pequeña Selva cuando quedó desamparada a causa de mi detención. El trecho que debimos andar se hacía interminable: por una parte, mi cuerpo maltratado apenas podía con el esfuerzo, por otra, la incertidumbre de si la encontraría allí o no y la impaciencia por verla, eternizaban el tiempo y las cuadras a recorrer. En cada persona que divisábamos o se nos cruzaba, creía reconocer el rostro de guardianes y agentes de la policía secreta y temblaba de angustia; la ansiedad me sofocaba.

Tocamos en la casa de Nana y el Nano; se abrió la puerta. Detrás de la mujer que nos la franqueó vi a mi niña deteniéndose en medio de su juego, con carita sorprendida. Corrió hacia mí y sólo atiné a agacharme para apretarla en mi corazón.

Pasada la media tarde nos despedimos. Me sentía desgarrada de sólo pensar que, otra vez, debía dejar librada al destino a mi hija pequeña; su mirada confiada –más bien, resignada–: sería el faro a dónde caminar en la oscuridad por la que atravesaban nuestras existencias.

Tomamos el tren de regreso a Santiago; ahora debía explicarme y despedirme de mi hija mayor: dadas las circunstancias en que había negociado mi “libertad”, no me quedaba otro camino que partir a sumergirme en la clandestinidad para salvar la vida; ella debía volver junto a su padre.

–De ningún modo, mamá –exclamó–. Yo no te dejo sola. Apenas puedes caminar y... ¡si tú te vieras lo descompuesta que estás! ¡Yo me voy contigo adonde tú vayas!

Ninguno de mis argumentos y alegatos fue capaz de convencerla de lo contrario. Al descender del tren, se apoderó de mi brazo para ir juntas por el andén en busca de quien nos contactaría.

2. ACOGIDAS EN EL REGAZO DE LA IGLESIA

De entre la multitud, una mujer joven en bluyines y polera roja, de cabello largo color miel, se nos acercó a preguntar:

–Pues, dime, ¿venís de Hualañé?

La miré confundida, sin poder recordar mi respuesta al santo y seña acordado. Comencé a transpirar, enrojecida y temblorosa, viendo que la joven daba media vuelta para alejarse, hasta que logré tartamudear a media voz:

–No, no; vengo de Licantén.

Se detuvo, nos miró con detención, se murmuró a sí misma: “¿Es que no era una solamente?”, pero sonrió y, luego de dudar otro momento, dijo, dirigiéndose a nosotras:

–Bueno, que sean dos, ¿qué más dará? Seguidme.

Sorteamos la salida de la Estación Central entre grupos que recibían y otros que despedían a los viajeros, cargados de maletas y bultos. Cerca de la gran reja de fierro forjado, una Citrola¹ destartalada

1. En esos años, mote popular para designar una Citroneta.

aguardaba con el motor en marcha. Rápidamente nos introdujimos en los asientos traseros y partimos, al tiempo que la muchacha se volvía a nosotras desde el asiento de copiloto y procedía a las presentaciones:

–Éste es David. Yo soy “la Ma”. Somos los encargados por el Comité de llevarte a un lugar seguro. Pero, ¿quién es ella? – preguntó, señalando a Lichi.

Explicué las circunstancias que nos habían llevado a presentarnos juntas al contacto. David asintió y siguió con la atención fija en el tránsito. Era un joven flaco, con cabello rubio y ralo, vestido con camisa veraniega de mangas cortas, (Años más adelante lo reconocería en los noticieros que hablaban del sacerdote de la Santa Cruz que denunció los crímenes de la Junta Militar ante el Senado de Estados Unidos. Ella era María de los Ángeles, religiosa de los Sagrados Corazones, la mítica “Ma”, que socorría cuerpos y almas con su sonrisa de querube celestial y su coraje sin límites.) Nos trasladarían “a la costa”, dijeron.

En esos tempranos tiempos de zozobra aún regía el toque de queda y los accesos a y desde las ciudades eran vigilados por patrullas uniformadas. Para salir en dirección al litoral debíamos detenernos en la barrera de control en Padre Hurtado.

Un piquete de carabineros nos dio el alto. Se acercaron a interrogar a nuestro chofer. David entregó la documentación correspondiente, mientras los uniformados nos examinaban con ojos inquisidores; las tres mujeres tratábamos de sonreír y mantener un

simulacro de charla intrascendente. Lichi iba tensa a mi lado, yo sudaba y temblaba, imaginando que, en cualquier momento, abrirían la portezuela, nos harían descender y yo sería devuelta a la DINA. Sin embargo, no fue precisamente eso lo que sucedió: el carabinero que caminaba desmañado alrededor del auto regresó a la delantera para indicar que no nos sería posible continuar el viaje, pues ya atardecía y ¡las luces intermitentes traseras de señalización no estaban funcionando! ¡Iba contra las reglas transitar con un vehículo sin luces intermitentes traseras encendidas! Para no ponernos en mayor evidencia, David acató la indicación sin chistar y dio la vuelta, camino de regreso a Santiago. Nosotras, desde el asiento trasero, no alcanzábamos a distinguir los pormenores de la conversación que sostenían los de adelante, pero la conclusión de ella fue:

—Las llevaremos a una población callampa² a casa de unas monjitas obreras —dijo Ma, tras el conciliábulo—, en Las Barrancas en Pudahuel.

Y allá fuimos a parar, con la Citrola bien aculatada a la puerta de acceso de la mediagua, para eludir miradas indiscretas. No recuerdo los nombres de las tres “Hermanas” que nos acogieron, pero guardo en la memoria la calidez de sus palabras y sus recomendaciones perentorias: en el día debíamos permanecer en silencio en el único dormitorio, escondidas debajo de los catres, para que nadie sospechara

2. Poblaciones surgidas espontáneamente, construidas generalmente con deshechos.

de nuestra presencia. Era éste el lugar a donde los pobladores acudían en busca de ayuda, consejo y compañía, así es que el riesgo de que nos detectaran era completamente real... y nadie podía asegurar que no habría soplones entre ellos. Estaríamos allí hasta que las luces del auto se arreglaran o se consiguiera otro: uno o dos días. Permanecimos encerradas cerca de una semana, temiendo en cada instante por nuestras vidas y las de nuestras anfitrionas.

Durante el trajín diurno nos agazapábamos bajo las camas, provistas de agua y alimento, escuchando el trajín de los habitantes de la población, sus risas y riñas, el llanto de niños, el ladrido de perros y el hozar de los cerdos que se criaban por las callejas a la pesca de desperdicios. Cuando todo dormía en la vecindad, salíamos del escondrijo, guardadas por las monjas, acurrucadas a la sombra de las paredes de tablas desvencijadas de las otras viviendas, para ir hasta la letrina del campamento, chapoteando por las zanjas de aguas servidas y excrementos.

Luego, a la luz de velas, cenábamos con las “Hermanas”, charlábamos y rezábamos juntas pidiendo protección a dios. Una tarde apareció el cura que atendía la población, el Padre Ramón. Fue por un lapsus suyo que supimos que Ma y David también eran religiosos.

Todos eran partes de la red solidaria del Comité Pro-Paz, que ayudaba a los perseguidos del régimen militar.

Un anochecer, cuando departíamos con las monjas y el cura, se les ocurrió preguntarnos qué podían hacer por nosotras en esas

circunstancias. Nos miramos con Lichi; casi al unísono pedimos que oficiaran misa para nosotras.

En la oscuridad de la tortura y el pavor, en la prisión, me había refugiado en la fe ciega que dan la desesperanza y la soledad, buscando la explicación al mal que vivía en la carne y me desgarraba y el sentido a tanto dolor. Había suplicado con fervor por la venida de la muerte a ese dios misericordioso que me habían mostrado los curas y monjas con los que había trabajado hasta mi detención, en visitas y ayuda a los pobladores perseguidos, y abriendo senderos de evasión a los prófugos de Pinochet. Junto a ellos había podido socorrer a los compañeros en penuria, logrando llevar a cabo mi tarea en la actividad clandestina. Había entendido la práctica de la Teología de la Liberación y me había acercado a esa Iglesia Popular, que era la “iglesia de los pobres”, para los pobres. –Los mismos pobres por los que yo había optado al desertar de mi origen burgués y hacerme una proletaria más.

Despejamos la única mesa donde se comía y escribía en la mediagua de las monjitas de Barrancas y vivenciamos un acto litúrgico prodigioso, en que estuvo presente el miedo codo a codo con la esperanza y la entrega absoluta a lo que deparara el mañana. Aún, si cierro los ojos, puedo ver nuestras siluetas en la penumbra de las velas, rezando, suplicando por nuestras vidas y la de mis demás hijas e hijo, cobijados al amparo de familiares o amistades.

En un viejo cuaderno que fui escribiendo en la huida, y logré

llevar siempre conmigo, encuentro mi desesperada oración del séptimo día de haber “reaparecido”,

30.06.75:

Hoy la carga de dolor es demasiado pesada para mi corazón. Señor, dame fortaleza para sobrellevarla. Tú la tuviste, Tú fuiste digno y divino... pero, yo, Señor, soy una pobre creatura, débil y desesperada.

En medio de la jungla humana, ya incapaz de vislumbrar nada de sus intenciones e incapaz de comprender el mundo, he puesto mi pensamiento y mi sentimiento en Ti; Te pido resignación, Te pido luz.

Señor, haz de mí lo que me está designado, pero hazlo luego.

Eres bondad, Señor, eres el Padre. No Te pido demostraciones de Tu amor, no; Te suplico piedad: Devuélveme a mis hijas, a mi vida de servidora,... o entrégame a la muerte. No le temo y Tú lo sabes. Por fin encontraría en el refugio de Tu seno eterno el reposo al naufragio de mi vida. Si no puedo estrechar junto a mi corazón la ternura de mis niñas, nada deseo ya. Creo que llegué al límite de mi resistencia. ¿O es que es necesario más aún, Señor? Dame luz, dame luz y fortaleza.

¡Piedad, piedad, Señor! Yo me creía imbatible; creí que Tu invocación sería mi fortaleza, pero soy tan pequeña e imperfecta, que ni Tu refugio es suficiente. ¡Ayúdame!

Por fin, un mediodía escuchamos el runrún aparatoso de la Citroneta de David. Lo acompañaba “la Ma”, quién con el paso de los meses se convirtió en un verdadero ángel para todos nosotros y en un

quebradero de cabeza para los secuaces del régimen. Reemprendimos el fallido viaje a la costa, dando tumbos en los baches de la carretera que llevaba al mar. Nosotras no conocíamos nuestro derrotero, pues de esta manera, por precaución en caso que nos detuvieran en el camino, no podríamos revelar el lugar de refugio al que nos dirigíamos. Al cabo de unas dos horas, divisamos el litoral rocoso de Punta de Tralca —adonde yo había estado, años atrás, en unos cursos de perfeccionamiento pedagógico. Nos internamos por el camino vecinal que llevaba al Seminario, para detenernos frente a la fachada de piedras y vidrio de entrada al recinto; una monja en negro hábito intimidante nos franqueó el paso. Todo parecía en paz; sin embargo, los latidos de mis sienes y el ahogo de mi respiración me impedían gozar de la calma plena de zumbidos y gorjeos que provenía de una mampara abierta hacia un jardín interior. El rechinar de suelas de goma sobre el embaldosado y el revuelo de faldas anunció el arribo de una mujer alta, empoderada, de amplia sonrisa y ademanes acogedores: la Madre Sofía Magdalena, encargada de la administración de la Casa de Ejercicios, en que, desde un tiempo atrás, se había transformado el antiguo Seminario.

Por un lado del corredor se accedía a la cocina y comedores de la Casa; por el otro extremo, una maciza puerta cerraba el departamento destinado a alojar al Cardenal de la Iglesia Católica de Chile, cuando éste iba al lugar que servía, también, para la realización de reuniones del Arzobispado de Santiago. ¡Estábamos en el corazón mismo de la Iglesia chilena! Por fin respiré segura, resguardada, a salvo de cualquier mal, después de meses de agonía y miedo. ¡Siquiera por unos días...!

Después de la cena en el amplio comedor destinado a los grupos concurrentes a actividades propias del lugar, fuimos instaladas en una habitación próxima, que daba al patio central del convento viejo. De este modo, no tendría que caminar más allá de mis fuerzas para ir a comer o salir al jardín y estaríamos cerca de la comunidad vigilante de las monjas que atendían la Casa.

3. PUNTA DE TRALCA

La memoria que guardo de los primeros tiempos en el seno materno de Punta de Tralca es difusa. Me abandoné en una apatía total tratando de evadir tantas tribulaciones y padecimientos. Pasé por lo que se ha dado en llamar “estado crepuscular”. Lichi me guió y sostuvo en esas semanas de inercia, con paciencia y dedicación infinita, a pesar de su juventud e inexperiencia. Era el puente entre el mundo exterior y el infierno interior del recuerdo de la agonía por la que había atravesado en manos de mis captores. Sus manos adolescentes se hicieron expertas para aliviar mis miembros encogidos por el dolor constante. Dulcificó el carácter para atender a mi presencia ausente. Velaba mi sueño y acompañaba mis insomnios. Fue vigilante celosa de mi regreso a la vida y testigo silencioso de mis lágrimas calladas. Sólo cuando me vio en pie nuevamente volvió a ser la hija rebelde y obstinada que tanto había afligido mis días en el pasado. Lichi supo custodiar, con toda la generosidad de su juventud, el dolor de esa vergüenza que me corroía culpándome a mí misma por los vejámenes sufridos.

Antiguos papeles, olvidados entre apuntes y documentos conservados al acaso, me ayudan a revivir la intensidad de ese tiempo. Hay cartas dirigida a “él”, que nunca envié;

Pensar, recordar, dialogar con el silencio por horas y horas. Todo se agolpa en mi mente sobrecargada y sé que no descansaré hasta verterlo. Me doy cuenta que cada día soy menos comunicativa con los que me rodean. Es el peso de la tristeza lo que me sume en el mutismo; es el aislamiento del mucho sufrir acumulado, de tanta interrogante existencial sin respuesta.

Vida mía, si estuvieras aquí, entre los dos podríamos buscar... como hacíamos antes, pero, a veces temo haber perdido para siempre a mi amigo amado y otras, me dejo llevar por la ilusión de verte llegar de pronto. No he podido vencer esta dependencia de ti que tú solías reprocharme. Ni siquiera lo he intentado; siento que sería quedarme aún más a la deriva. Voy navegando sin rumbo... pero, con la esperanza de llegar a tu puerto. Sin embargo, ni siquiera sé si, al avistar tus luces, habría cabida para mí en tu molo de abrigo.

Ayer se cumplió un mes de haber estado unas horas contigo. ¿Cuándo, dónde, será el próximo encuentro? ¿Qué me espera? ¿La huida permanente? ¿El miedo constante? ¿Vivir oculta siempre? ¿Ser una carga solamente? ¿Y este cuerpo que no quiere mejorar! Un día sí y otro, no; la fatiga de mis músculos maltratados, el paseo por los corredores, que me deja agotada, la incapacidad de levantarme y caminar con facilidad... No soy más que una sombra herida, un despojo doliente; no tengo nada, ¡nada!, que ofrecerte, Huara mío.

(¿Qué quieres hacerme entender con todo esto, Dios mío? ¿Qué aprenda mi lección de humildad? ¿Me estás castigando por no saber cumplir con el renunciamiento absoluto de éste que amo? ¿Qué locura! ¿Cómo puedo atreverme a seguir anhelando!)

Que el Señor esté siempre a tu lado. Vaya mi ternura en la oración de cada noche, cuando ruego por ti, por mis niñas, por nuestros hermanos, por los que no conozco, por los equivocados, por la humanidad entera.

Las ideas me dan vueltas y vueltas. Juego con ellas durante horas, mas, cuando quiero fijarlas, ya no están.

¿A dónde va mi pensamiento? ¿Queda algo depositado en mi subconsciente abrumado? ¿O todo se pierde para siempre? ¿Recuperaré algún día la claridad?, ¿O sólo conseguiré tener estos destellos de discernimiento?

¡Paciencia! El Señor me ama y yo confío en Él. Ya recuperaré mis fuerzas y mis facultades, si Él así lo cree bueno.

He pensado intensamente en el vecindario de la población (Me refiero al barrio donde vivíamos.) Por un rato el universo entero se transformó en la calle ancha que mira al río, en las casitas de color café y marcos blancos, los niños jugando en las veredas, mi callejuela abierta a los vientos y al tiempo, para seguir con la vista interior, caminando hacia el oriente, hasta llegar donde ti; paso a mirar cada casa del trayecto, cada pastelón quebrado o trisado, los jardincillos, los perros y escucho el grito de las vecinas que llaman a sus chiquillos. El día es de sol (¿o de lluvia?), por la mañana (¿o de tarde, o la noche?). ¿Este camino lo hice así alguna vez, o es mi sola imaginación? No; más bien es un caleidoscopio de recuerdos, de vivencias, todo amalgamado en la nostalgia.

Me han dicho que descanse. ¡Cómo lo quisiera! Pero no puedo permitírmelo. En cualquier momento “ellos” podrían llegar a buscarme y, si antes no alcanzo a dejar un testimonio, ¿qué valor tendría este descanso? Si las manos amorosas me esperaban, si las puertas de mis hermanos se abren para cobijarme, si mis ojos pueden seguir el avance de las olas y mis oídos, escuchar el rumor del mar, es porque dios quiere que yo aún cumpla con una tarea. Tú quieres que hable, Señor; después, cierra mis ojos y llévame contigo a olvidar.

13.09.75. Fugitiva, aguardando la oportunidad de huida hacia el Exilio, Punta de Tralca.

A la hora crepuscular, me siento de cara al mar, acechando en el horizonte salobre una vela, el casco gris de un barco mercante, que me hable de viajes, de idas sin retorno, de dolor de despedidas. Porque espero y esta espera se va convirtiendo en doliente vivir, mil veces por adelantado el momento que ha de llegar, para tener entonces ya los ojos sin llanto y sin sangre el corazón.

Por las mañanas luminosas, la espuma desflecada en la playa me miente con sueños de sirenas y marinos, de amores rubios. Por la noche, sólo hay los ecos del rumor del oleaje en el pinar, convertido en enorme cuerno de cazas marinas.

Decido no dejarme coger en la maraña enfermiza del rememorar, pero el vaivén perenne de las aguas siempre está hablando, en su sinfonía de adioses, de veranos transcurridos, que se rehacen en cada instante en la fuga del presente hacia el futuro.

¡La vida no es más que un constante morir!

Me repito que también hay partidas con regreso. En vano: sé

que lo que se va no vuelve... no vuelve nunca igual. Hay que aprender a vivir muriendo, con las raíces trituradas para siempre, sin remedio; ser vagabundo cobijado en umbrales ajenos, pajarito sin nido, hoja sacudida en la tormenta.

¡Ay, patria, patria mía, que aún me escondes en tu seno, debo dejarte! Por eso te heredo mi queja sembrada en cada átomo de tu aire y de tu tierra, de tus aguas y de tus bosques, para que no olvides la huella de mi amor.

Quise ser abono de la felicidad de mis hermanos. Quise fertilizar con mi sangre su esperanza, ¡tal vez no merecía esa ventura! Tal vez, sean necesarias otras cosas... más y más.

Aquí estoy, patria. Te llevo conmigo... y quedo anclada en tu dolor. Serás mi báculo en el destierro, mi norte en mi errar. Acepta la ofrenda de mi vida, esta promesa de fidelidad.

Vamos: sigamos oteando el horizonte; el momento de dejarte no tardará; siempre será demasiado pronto. Tú dejas tu caricia geográfica en mi alma y mi alma seguirá adelante sólo por ti. Vamos: mientras la noche se desliza, sigamos diciéndonos adiós.

¡Cuánta tristeza y desconcierto! ¡Cuánto miedo de no lograr superar el daño físico, psicológico y espiritual que me habían infligido! Hoy, apenas si puedo reconocirme en el estilo y el lenguaje de esas anotaciones. Es como si poniendo refinamiento en las palabras y los sentimientos, buscara desprenderme de la inmundicia y la bestialidad de la prisión.

Muy luego nos apercibimos que entre los grupos de comensales en el comedor había otras personas que, al parecer, tampoco encajaban en ninguno de ellos, permaneciendo apartadas, silenciosas, ataviadas con ropas tan deslucidas como las nuestras –proporcionadas por el ropero ad hoc del Comité para despistar a los perseguidores al cambiar nuestros atuendos.

En una de esas ocasiones, una pareja se sentó a nuestra mesa. Entablamos una conversación banal de comentarios sobre el clima y la comodidad del recinto, a la vez que nos escrutábamos cuidadosamente, midiendo en extremo las palabras, para no delatar nuestra situación en el conjunto. Sin embargo, existen códigos culturales subyacentes difíciles de disimular, que nos descubrieron:

–Sí, ella es mi hija Lichi.

–¡Ah! Nosotros también tenemos una niña.

–Mmm. ¿Cómo se llama?

–Valentina.

Pensé: Valentina...Valentina... Me recuerda a Valentina Tereskova, la primera astronauta rusa.

–Tengo una chiquita llamada Selva Melisanda.

–¿Melisanda?

–Sí, Melisanda; como Pelléas y Melisanda en el Coloquio Maravillado de Neruda.

Seguimos comiendo en silencio, hasta que Isabel se atrevió a preguntar:

–Ustedes...? ¿Uds. también son huéspedes de Don Raúl¹?

–Ssssí... ¿Y Uds.?

¡Nos habíamos reconocido en nuestros referentes culturales!

De manera semejante fuimos identificando a otros refugiados en el antiguo Seminario de Punta de Tralca. Por fines de mes llegó una familia constituida por papá, mamá y la pequeñita, los García-Huidobro. Él venía saliendo del campo de concentración de Puchuncaví. (Hasta entonces, yo no había identificado a ese sitio como lugar de reclusión, sino como un balneario para el pueblo, creado durante el gobierno de la Unidad Popular) También había un joven, funcionario de CORA de Melipilla, cuyo nombre también se ha borrado de mi memoria, que era visitado por el padre Alfonso Baeza. Nosotras éramos atendidas en esa etapa por los jesuitas, Patricio Cariola, Sergio Zañartu y unas misioneras españolas, Paz y Consuelo; Isabel y Sergio, estaban a cargo de otros curas, conocidos del grupo de cristianos de su población, La Victoria. Estuvieron con nosotros dos muchachos de La Villa Francia, enviados por Mariano Puga. Un hombre grande y triste apareció para una hora de almuerzo, enviado desde la oficina del Comité, ubicada en la calle Santa Mónica. Se trataba de Matías –Delgadillo, dijo ser su apellido–, quién había sido chofer de uno de los vehículos que movilizaban a Pablo Neruda. Los que nombro son sólo los que, por algún motivo especial, dejaron una huella más profunda. Hubo muchos más: otros prófugos, y otros religiosos y otros colaboradores del Pro-Paz.

1. Cardenal Raúl Silva Henríquez.

A los pocos días de nuestro arribo a Punta de Tralca, apareció el Padre Patricio Cariola, con quién sostuve largas conversaciones sobre lo sucedido durante mi detención. Creo que fueron de los primeros conocimientos fehacientes que hubo sobre el rol que jugaba la Colonia Dignidad en el sistema de represión dictatorial. Sentí el alivio de estar depositando en una organización confiable los datos que había obtenido en prisión. Ya no importaba que en cualquier momento me sorprendiera la DINA y me matara; otros sabrían cómo usar la información que yo estaba entregando. Aunque no sospechara siquiera la importancia de lo que había descubierto, estaba cierta que habría un resquicio para que algún día se develara la verdad. También, lógicamente, hablé con “el tío Pato” –según lo adoptó espontáneamente Lichi, debido a su bondad y comprensión a sus inquietudes de niña– del tiempo pasado en la casa de seguridad de la policía, que yo conocí como “La Discothèque”, según me dijo Bill² y que, más adelante, supe que era nombrada “Venda Sexy” por los detenidos que habían pasado por ahí, debido a las características de los tormentos que se aplicaba allí a los y las prisioneras.

Cuando fui trasladada por los agentes de seguridad desde Colonia Dignidad a Santiago, llegué a un chalet en las afueras de la ciudad. Me instalaron en un cubículo de madera en una habitación del primer piso. Por las rendijas de las tablas vi, frente a dónde yo

2. Guillermo Beausire Alonso, prisionero desde hacía ocho meses cuando nos encontramos en ese recinto, Detenido-Desaparecido hasta el presente.

me encontraba, a un hombre joven recostado en la cama alta de una litera. Con él compartimos ese espacio durante casi un mes y medio, hasta que una noche fueron a retirarlo sorpresivamente del lugar. Con los días de esta cercanía forzada, crecieron lazos fraternales, que nos llevaron a prometernos mutuamente que aquél que fuera liberado primero, buscaría los medios para ayudar al otro a ser reclamado por la familia y las organizaciones de Derechos Humanos. A través de las palabras del Padre Cariola, me enteré que Bill no había sido liberado, que se le seguía buscando y que las primeras noticias de que estuviera aún con vida las estaba dando yo. Este hecho reforzó mi súplica de insistir en su reclamo a las autoridades.

Como consecuencia, días más tarde recibí la visita de una funcionaria de la Embajada de Inglaterra. Guillermo, por el lado de su padre, tenía, también, nacionalidad británica. Entonces, la petición de su liberación se reforzaría con el reclamo oficial de ese gobierno. Yo tenía pruebas de mis aseveraciones: obsequios de pequeños objetos de alambres de cobre que Bill fabricaba para mí, la descripción de sus ropas, características y malestares físicos, recuerdos familiares que él había compartido conmigo, detalles de sus hábitos cotidianos. Ingenuamente creía que esas pruebas serían irrefutables y que la dictadura se vería forzada a entregarlo vivo y salvo. Tenía la ilusión de verlo aparecer por Punta de Tralca, acompañado de su madre, doña Inés, y su hermana Diana – quienes también estuvieron prisioneras unas semanas en Villa Grimaldi y otros centros de torturas– y que luego el joven ingeniero seguiría el viaje a Europa, interrumpido por

su captura por la DINA en el trasbordo aéreo en Ezeiza. No recuerdo el nombre de la funcionaria diplomática, pero sus facciones y su actitud las retengo aún: de conmiseración extrema, delicada, solidaria. Ofreció gestionar visas para refugiarnos en su país, lo que se hizo realidad meses después.

Los refugiados formábamos un grupo de unas veinte personas que iban rotando: partiendo, unos, cuando se les procuraba una vía de escape; otros, llegando, perseguidos, o recién salidos de prisión, con las huellas de la tortura aún visibles y el ánimo deprimido, asustados. Luego del reconocimiento inicial, se formó un grupo cohesionado por las dolorosas vivencias comunes a todos; éramos como una familia grande, amorosa, donde se acogía con verdadera compasión solidaria a los que venían llegando, y se despedía a los que partían, con angustia por lo que les deparara el mañana. Éramos protegidos del Comité Pro-Paz, la organización ecuménica que surgió en el Chile post-golpe como contrapartida a la tremenda represión desencadenada. Los curas y monjas católicos que nos acompañaban, eran, para nosotros, la cara visible de ella.

El jardín interior del convento se iba llenando de sol a medida que iba transcurriendo la mañana. Cerca del mediodía, la tibieza alcanzaba las baldosas del corredor y los bancos a lo largo de los muros exteriores del refectorio común. En las primeras semanas de nuestra estadía allí, Lichi me conducía apoyada en sus brazos hasta uno de esos

asientos para respirar el aire marino que nos llegaba desde la playa que yacía a los pies del recinto. En silencio, escuchaba el rumor apagado del oleaje, que acunaba mis oídos, mientras mis ojos, dañados por la venda que los cubrieran durante semanas en la prisión, parpadeaban buscando un punto de dónde aferrarse para volver a mirar el mundo. En la quietud del bienestar casi animal que me entregaba la calidez del entorno, se iba entretejiendo el dolor difuso del espíritu maltrecho enjaulado en mi cuerpo magullado, con los girones de realidad que alcanzaba a percibir. Por nuestro lado se deslizaba el quehacer apacible de la casa; trajinaban los visitantes y quienes atendían la Casa de Ejercicios, los curas y las monjas. Yo contemplaba desde mi interior el ir y venir de vida, sin participar de ella.

Un día se nos acercó un hombre de media edad, alto, de cara bondadosa y voz calmada. Se dirigió a Lichi preguntándole si yo sería su madre y si estaría enferma –“delicada”, observó– ya que se me veía tan pálida y desganada. Las respuestas de Lichi fueron bastante reticentes, temerosa de haber sido descubiertas por la policía. Él declaró ser sacerdote jesuita, de nombre Sergio, pero que sus cercanos lo llamaban “Pollo”. Durante las semanas que permaneció allí, el jesuita se convirtió en “el tío Pollito” para mi niña y para mí, en consuelo y apoyo para sortear mis tribulaciones. De vuelta de sus incansables caminatas de meditación solía buscarnos por los corredores, o en una salita con chimenea al extremo de la galería, para conversar y reflexionar juntos acerca de los sucesos que habían trastocado nuestra existencia, del mismo modo que a tantos otros ciudadanos del país.

Paulatinamente, fui recuperándome de mente y corazón, gracias a su acompañamiento.

Entretanto, ya nos relacionábamos con los otros protegidos del Comité. En conversaciones de sobremesa decidimos aportar con nuestro trabajo a la economía de la Casa, cuando estuviésemos en condiciones físicas y psicológicas de hacerlo. Las mujeres nos ofrecimos para ayudar en la cocina y el servicio de comedor, otras partieron a la lavandería para apoyar en el planchado y orden de las ropas; los compañeros se sumaron al mozo de casa para trozar leña, atender los gallineros o limpiar los patios. Así contribuiríamos con el trabajo a paliar el costo de nuestra estadía, a la vez que sentirnos útiles y correspondiendo, aunque fuera mínimamente, a la hospitalidad que se nos brindaba. En un comienzo, la Madre Sofía Magdalena se negó a aceptar nuestra proposición, pero, finalmente, comprendió las intenciones sanas que nos animaban y a cada uno le asignó la correspondiente tarea.

Lichi y yo nos colocamos en la pieza del planchado. Una sonriente monjita joven nos acogía cada mañana para, entre las tres, estirar y doblar rumas de sábanas y manteles. La pieza daba a un pequeño patio interior lleno de macetas con flores y matas de hierbas olorosas. Una gran jaula ubicada a media sombra regalaba los trinos y silbidos de una vasta variedad de aves canoras que gozaban de espacio suficiente para echar cortos revoloteos posándose de una en otra de las ramas que cruzaban por la alambrada. Era sitio propicio para serenar el espíritu conturbado y nosotras acudíamos gustosas allá. La

charla simple sobre sucesos cotidianos de la monjita me distraía de la angustia y el miedo que se había entronizado en mí; por unas horas el corazón dejaba de latirme alocado y mi mente descansaba.

A unos pasos de esa habitación se encontraba la capilla privada de la comunidad religiosa. Algunas veces se asomaba cualquiera de las monjas mayores para invitarnos a pasar a un acto de devoción que realizaría alguno de los curas que llegaban a retiro a Punta de Tralca. Siempre aceptaba concurrir, llevada por la desesperanza y la ansiedad por el peligro que estarían arriesgando mis niñas y mi hijito, si la DINA se empeñaba en recuperarme para sus propósitos; podrían ser secuestrados o maltratados o asesinados para presionarme... o castigarme por mi desertión. Sabía que, efectivamente, una acción tal estaba en su catálogo de métodos represivos.

A pesar de la tranquilidad del entorno, el trato cariñoso, la alimentación adecuada, mi salud seguía siendo precaria. En vista de ello, quienes velaban por nosotros trajeron a una médico que colaboraba con el Comité. Me la presentaron como Estrella. Luego de examen acucioso y de tratar mis magullones aún evidentes, recomendó algunos procedimientos para aliviar los diversos males que me estaban minando. En general, padecía de heridas e infecciones, consecuencia de las torturas. Había condiciones que no podían ser tratadas en la situación de clandestinidad en que estaba; otras, requerían ser mejoradas a la brevedad.

Fue así que se organizó nuestra salida hacia Santiago, esta vez a cargo del “tío Pollito”. Eran recién concluidas las Fiestas Patrias,

celebradas con toda la fanfarria de los militares y las manifestaciones en contra por parte de los opositores al régimen; los caminos estaban más patrullados que lo habitual. Sin embargo, el trajín acostumbrado por los días feriados presentaba la posibilidad de lograr pasar desapercibidos en medio del flujo de vehículos que regresaban a la capital desde las playas. Partimos con la zozobra pintada en el rostro, medio encogidas entre sotanas y rosarios de los curas que completaban el pasaje del automóvil. Desde el asiento trasero oíamos el diálogo de los jesuitas, quienes intercambiaban opiniones sobre un eventual hospedaje que cumpliera con los requisitos de discreción y seguridad para nosotras, mientras yo estuviera siendo atendida por los especialistas médicos adecuados.

4. EL CONVENTO DE CLAUSURA

Al oscurecer ingresamos a una estrecha vía contigua a la Alameda Bernardo O'Higgins, cerca de la Estación de Central –la calle Almirante Barroso– para detenernos frente a una vieja casona. El Padre Sergio nos recomendó bajar en silencio y nos introdujo subrepticamente en el edificio hasta una habitación en el primer piso. Los postigos de las estrechas y altas ventanas estaban entornados, permitiendo ver el sólido amoblado de dormitorio al estilo de principios de siglo. Con el índice sobre los labios nos indicó situarnos lejos de la puerta, antes de cerrar cuidadosamente las contraventanas y prender la luz de la lamparilla de velador.

–Estamos en la casa de los jesuitas –nos explicó–; ésta es mi pieza. Deberán quedarse aquí esta noche. No todos los Padres están de acuerdo ni al tanto de las actividades de algunos de nosotros, de manera que nadie debe percatarse de su presencia. Les iré a buscar algo para servirse al comedor y luego, cuando todos estén recogidos en sus cuartos, podrán ir al baño. Mañana las llevaré a un lugar más seguro.

Su cara bondadosa nos indicaba que podíamos confiar en él.

Por precaución, dormimos acurrucadas en el ropero, sofocadas por la naftalina de los viejos ternos del “tío Pollito”, pero, a salvo al abrigo de la ropa eclesial. Parte de la mañana siguiente la pasamos en este nido improvisado, a la espera de dirigirnos a otro refugio menos precario. Apenas si nos atrevíamos a respirar, por temor a que a alguno de los curas se asomara a este dormitorio. Afortunadamente, el silencio y la privacidad eran reglas respetadas por la comunidad; nadie vino a complicar nuestra situación.

Cerca del mediodía, el Padre Sergio regresó para escabullirnos fuera de la residencia y conducirnos en automóvil –con el fin de evitar que mi cojera llamara la atención– al Convento de Clausura de las Monjas Adoratrices, en la Avenida Brasil, a escasas cuerdas de donde nos encontrábamos. Nuestros amigos jesuitas atendían los oficios litúrgicos de las religiosas, por lo que había cierta cercanía en su contacto; no les fue difícil pedir a la Madre Superiora que alojara a una “pariente lejana, del campo, que necesitaba ver médico en la capital. La pobre mujer, que habría sido abandonada por el marido, estaba muy deprimida y enferma, por lo que el Padre quería ayudarla llevándola al médico y distrayéndola con libros y revistas”. La Superiora accedió, siempre que las huéspedes no transgredieran las normas del convento: sólo podríamos ver a las monjas en la capilla, a la hora de la misa diaria. Una “Hermana” muy joven, que misionaba en poblaciones de la periferia, y la empleada de servicio, serían los nexos para atender a nuestras necesidades.

Nos asignaron un cuarto en la mansarda del convento, cuyos ventanucos daban al jardín del claustro y, más allá, al añoso muro cubierto de hiedras que lo separaba del exterior. Desde nuestra atalaya divisábamos los transeúntes y los vehículos que pasaban por esa calle, donde estaban, a unos metros, la sede del Colo-Colo, unas dependencias de la FACH y oficinas del Arzobispado. ¡Estábamos en el centro de la contingencia! Por las noches el ulular de los carros policiales, carreras precipitadas y gritos destemplados nos mantenían despiertas durante largas, lentas horas.

Trataba de no transmitir mi angustia a Lichi; la distraía con bromas inocentes y haciendo acotaciones jocosas sobre nuestra posición en la residencia; evitábamos hablar de nuestra riesgosa situación. En cambio, pasábamos horas comentando las lecturas que nos traía el “tío Pollo” e intercambiando opiniones al respecto. Yo iba anotando impresiones y recogiendo notas en un cuaderno que he conservado hasta el presente. Desde Punta de Tralca había traído conchitas marinas de variados tamaños; con ellas construía figuritas y adornos, pegoteados con un adherente que me habían proporcionado los curas. A veces, Carmen Gloria, la empleada del convento, nos llevaba a estar con ella en la sala de costura, en el segundo piso; desde allí veíamos la Avenida Brasil fluir a nuestros pies.

Así se deslizaba el tiempo hasta el anochecer, cuando el “tío Pollo” me sacaba a hurtadillas hasta el pequeño automóvil, estacionado en las sombras, en que nos dirigíamos a recibir mi tratamiento dental,

en el policlínico de un alejado barrio llamado San Roque. El Comité Pro-Paz había conseguido atender allí, clandestinamente, casos urgentes de sus socorridos. (Los golpes recibidos, durante el cautiverio, en el rostro, de puños y pies y con las culatas de las armas, habían casi destruido mi dentadura y dañado el maxilar.) Regresábamos apenas un poco antes del toque de queda vigente en esos años, contando con complicidad de la Hermana Clarita. Supongo que la Madre Superiora no tuvo conocimiento de estas salidas furtivas; era acérrima simpatizante de “mi General Pinochet” y tanto sigilo la habría alertado. Poco a poco, la dentista fue reparando mi accidentada dentadura, maltratada sin piedad por las descargas eléctricas en la tortura. En dichos traslados, yo observaba la ciudad con mirada desolada; intuía que transcurriría mucho tiempo antes que volviera – o, quizás, nunca más– a pisar sus calles.

Unos discretos golpes en la puerta de la habitación nos sacaron de nuestra rutina; la Hermana Clarita nos avisaba que teníamos un visitante esperando en el jardín. Miré por la ventana sin ubicar a nadie entre el follaje de las ramas que divisábamos desde arriba. “Esperen” –indicó–, “lo traeré aquí”. ¿Quién podría ser? ¿Nos habría descubierto la DINA? El miedo hizo que el lapso transcurrido hasta que se abrió nuevamente la puerta fuera eterno. Ante nuestra mirada asombrada estaba “él” sonriéndonos con ternura. ¡Lo increíble estaba sucediendo: volvía a verlo una vez más! La emoción se me deslizó en lágrimas de júbilo; sólo atiné a quedarme quieta en su abrazo; Lichi

no dejaba de hablarle y acariciar sus manos: era como si la vida viniera a iluminarnos en las sombras. “Él” había conseguido seguir nuestros pasos hasta este refugio, a través de la malla que nos protegía, contraviniendo normas básicas de la clandestinidad de ir desvinculando los eslabones de su intrincada cadena; la inquietud por la suerte que pudiésemos haber corrido lo llevó hasta el Convento de Clausura y, para conseguirlo, su cómplice final fue la Hermana Clarita.

Después de tanto tiempo, portaba noticias frescas de mis niñas y Fidel; se había encargado de averiguar acerca de sus circunstancias y, a la distancia, mediaba con la iglesia para atender a las necesidades de mi prole. También traía otras novedades: nuestra pequeña casa había sido confiscada por el gobierno para premiar a alguien que ejercía el soplónaje para los servicios de seguridad. Con ello se completaba el despojo de lo que me había costado tanto esfuerzo conseguir: trabajo estable y un hogar definitivo. Esa noticia apenas si me conmovió; en cambio, saber del destino de los hijos era lo que me inquietaba de verdad. Dadas las circunstancias, nada podía hacer para protegerlos... pero, estaban en buenas manos: la solidaridad de la iglesia para con los perseguidos se extendía hasta los seres queridos.

Esa visita fue tenue hilo que me vinculaba con mi vida anterior. En la persona de este hombre amado, valiente y sincero, estaban mi pasado, mi lucha, mi historia, a la vez que representaba la nostalgia, la pérdida, la desesperanza. El rato que nos acompañó fue de dolor y alegría. Guardé cada instante en la memoria como una joya que no volvería a contemplar, quizás, nunca más.

Los días transcurrían sin alteraciones. Terminadas las salidas al dentista, los curas continuaban aprovechando las ocasiones que les proporcionaba la atención religiosa del convento para llevarnos material de lectura y consuelo. Trataba de disciplinar la mente tomando apuntes de esas lecturas, escribiendo mis opiniones y comentarios. Más que al daño físico sufrido le temía al deterioro mental que tanto padecimiento y dolor pudieran haberme provocado.

Esperábamos con impaciencia la noticia del arribo de las visas que el Comité había solicitado a varios países para nosotras, con el fin de poder refugiarnos en una embajada y salir desde allí a asilarnos. En ese entonces, las representaciones extranjeras estaban tan repletas de gente que conseguía deslizarse subrepticamente hasta su interior, que no aceptaban recibir a nadie más que no tuviera el aval de un país que le hubiera entregado previamente el documento de entrada, lo que garantizaba que la estadía de refugio en la sede diplomática sería menos prolongada.

De una parte, una vez terminado mi tratamiento, nada justificaba ante las monjas la prolongación de nuestra estadía entre ellas; pero, de otra, era riesgoso movilizarnos de un sitio a otro; los agentes pululaban por las calles y lugares públicos espionando y buscando a los prófugos de la policía secreta y si en cualquier momento podían llegar las visas que necesitábamos para ser admitidas en una embajada, un traslado era inoficioso. Específicamente, contábamos con la anuencia de la de Costa Rica para acogernos y darnos el status de refugiadas, con el fin de poder solicitar el pase oficial de salvoconducto del gobierno

que nos desterraría para siempre del país. Por supuesto, el traslado desde el convento a la sede diplomática habría de realizarse en forma clandestina, y en la embajada estarían aguardando con la entrada expedita, de modo que la guardia procurada por el gobierno militar, no pudiera impedir nuestro ingreso.

Si bien no se nos permitía socializar con las monjas de clausura, la Madre Superiora había tenido la gentileza de invitar a Lichi a ir a la sala de estar a ver con ellas las noticias televisivas de la tarde, con lo que nos manteníamos al tanto de lo que sucedía en el mundo inquietante de la dictadura y nos daba temas para comentar en las largas horas de aislamiento. Una noche, la niña regresó trastornada a la habitación.

—¡Mamá, mamá, ha pasado algo terrible! ¡Terrible!

—¿Hijita...?

—Mamá, hubo un enfrentamiento entre la Policía de Seguridad y gente del MIR.

—¿Cómo...dónde?

—Dijeron en las Noticias que descubrieron a un grupo de “terroristas” en Malloco, cerca de Santiago. La policía les pidió que se rindieran y ellos se les enfrentaron a balazos...Y no sé, pero, ¡parece que uno murió y los otros arrancaron...!

Era una noticia alarmante; si el gobierno había filtrado la información, significaba que algo muy serio estaba sucediendo y, además, era una advertencia. Temblé por la suerte que correrían los

compañeros. ¿Habrían, verdaderamente, asesinado a alguno de ellos? ¿Quiénes serían los involucrados? ¿Dónde estarían los demás? Pasé esa noche extremadamente ansiosa, llena de interrogantes.

A la mañana siguiente, Carmen Gloria comentó, a la hora del desayuno, los trajines de la víspera. Cerca de la madrugada habían llamado a la puerta unos “tipos de Seguridad”; querían entrar para revisar el convento, pues tenían noticias de que los “terroristas” habían ido a refugiarse con los jesuitas, por lo que la policía estaba inspeccionando todos los establecimientos vinculados a los sacerdotes y éste era uno de ellos. La Superiora estaba ausente por esa noche y la monja que había quedado a cargo de la comunidad religiosa se negó a permitir el acceso a varones desconocidos al Convento de Clausura. Al ser interrogada, afirmó que allí no había nadie además de ellas mismas. La clausura de las monjas nos aislaba de tal modo que la monjita no tenía idea de nuestra existencia allí.

Los agentes no se atrevieron a desafiar a “la Madrecita encargada”, pero advirtieron que regresarían con una orden judicial para proceder.

De inmediato imaginé la suerte que correríamos si, buscando a los miristas¹ prófugos, nos descubrían a nosotras; volví a sentir la atrocidad de la tortura en mi cuerpo y una acuciante angustia por lo que pudiese acontecer a mi hija adolescente. Pedí a la niña que llamara a la Hermana Clarita para conversar con ella. Afortunadamente, la monjita estaba en casa y acudió de inmediato a nuestra pieza. No

1. Miembros de Mir: Movimiento de Izquierda Revolucionario.

quedaba otra salida que contarle la realidad de nuestra situación y solicitar su auxilio.

Ante la incapacidad de encontrar una solución por nuestra cuenta, hablamos con la Superiora –la Madre Cruz–, que ya estaba de regreso, para pedir su socorro, lo que implicó que hubiera que contarle, también a ella, con total fidelidad nuestra verdad. La monja nos miraba incrédula, sintiendo atropellada su autoridad por la historia que los “Padres” le habían contado con el fin de conseguir alojar en ese lugar a “¡dos terroristas, opositoras al gobierno de Mi General!”, “¡Qué vergüenza! –exclamaba– ¡Qué vergüenza para la Iglesia!”

Yo me preguntaba el motivo de dicha vergüenza, si lo único que hacía la iglesia era dar amparo al perseguido. Soporté en silencio la andanada de diatribas de la monja, puesto que, ahora que me había confesado, nuestras vidas estaban totalmente en sus manos. Cuando hubo desahogado el escándalo de su alma “piadosa”, nos quedó mirando fijamente por largo rato. Lichi comenzó a sollozar quedamente y yo me enfurecí. Le enrostré a la monja su falta absoluta de caridad, de amor al prójimo, de su compromiso con el régimen asesino de un tirano y “le ordené” que nos socorriera. Fue tal su asombro, que bajó la vista y masculló:

–¿Y qué quiere que haga yo?

–Primero, no nos delatará. Segundo, irá a averiguar a la embajada de Inglaterra si han llegado nuestras visas. Tercero, nos sacará, lo antes posible, de este lugar, garantizando nuestra seguridad.

Sin mediar palabras, la Madre Cruz salió de la buhardilla.

Transcurrió el día sin tener noticias de lo que se nos deparaba. Al atardecer, la Hermana Clarita se deslizó a nuestra habitación, portando en los brazos dos hábitos grises, para probárnoslos. Dedicamos, entre las tres, un par de horas para descoser y recoserlos, acomodándolos a nuestras medidas. A la hora del Rosario, la monjita nos indicó que los vistiéramos, nos condujo a un rincón en penumbras de la capilla e indicó que permaneceríamos allí toda la noche; si la DINA insistiera en revisar el edificio, sólo vería dos monjas más mezcladas entre las otras entregadas a la oración.

¡Qué noche! Lichi, dormitando sobre el reclinatorio y yo, con todos los sentidos aguzados, acechando los ruidos del convento. Las monjas entraban y salían quedamente de la capilla sin acercarse; pienso que, con toda probabilidad, no estaban enteradas de lo que estaba aconteciendo en su comunidad. Regresamos a la mansarda luego de desayunar. La Superiora se nos apersonó con malas noticias: nuestras visas no habían llegado aún. Se decidió que más tarde saldríamos de allí en la Renoleta del convento.

Vestidas con el hábito de las Adoratrices, confundidas en un grupo de Hermanas, se inició nuestro angustiante periplo por los diferentes establecimientos de la Congregación. Luego de quedar estacionadas frente al edificio correspondiente, alguna de las Hermanas descendía para ir a plantear a la monja a cargo nuestra imperiosa urgencia de encontrar un lugar para escondernos. La respuesta invariablemente era negativa.

Rápidamente iba cayendo la noche. Llegamos a la Casa de Adoratrices en Talagante y allí ni siquiera nos permitieron pasar al baño junto a la portería. Tanto las monjas como Lichi y yo perdíamos toda esperanza de salvación. Lógicamente, nuestras acompañantes en el transcurso del peregrinaje se enteraron de nuestra realidad. Algunas, como Clarita, trabajaban en las poblaciones periféricas, por lo que estaban más cerca de los problemas de sus habitantes; con toda seguridad, alguna se había visto envuelta en el salvataje de un perseguido, por lo que entendían el peligro de la situación en que nos encontrábamos. Anochecía. La Renoleta regresó a Santiago y enfiló por las callejuelas del Barrio Estación.

Nos detuvimos frente a una larga construcción antigua, de altas ventanas estrechas en el primer piso. Aquí fue a parlamentar la Hermana Clarita. Sentía que la noche me tenía atrapada en sus zarpas despiadadas, desgarrándome los restos de humanidad que se iban diluyendo en esta huida ignominiosa, aherrojada por el miedo. Me olía emanando los fluidos del terror, a punto de perder el dominio de todo mecanismo de control del cuerpo y la mente. Si la confusión de piernas cubiertas por los faldones del hábito de las asustadas monjitas no hubiera sido una barrera que me impedía abrir la portezuela del vehículo para rodar afuera vencida por la angustia, habría terminado tendida sobre los adoquines de la calle. Sólo me retenía la presión de la mano de mi hija sobre mi brazo.

Luego de una eternidad en espera, reapareció Clarita, seguida de otra figura encogida envuelta en los ropones grises. Abrió la portezuela de la Renoleta y con el índice en los labios indicándonos sigilo, hizo un gesto para que descendiéramos y fuéramos a su siga. Una de las ventanas se entreabrió y las monjas nos empujaron por ella para ingresar a una amplia habitación llena de pupitres escolares; estábamos en una sala de clases de la Escuela Técnica de las Adoratrices, para niñas pobres, a los pies de los característicos gasómetros del Barrio Estación de la capital de Chile. Nos siguió la monja menuda, siempre conminándonos con señales a permanecer en silencio y a movernos con precaución entre los bancos. Escuchamos el ronroneo del motor del furgón de nuestras acompañantes, perdiéndose en el silencio nocturno. La monjita se alejó por un pasadizo y al rato estuvo de regreso arrastrando una colchoneta para gimnasia, luego trajo una fuente con panecillos y leche. Nos indicó que podríamos acurrucarnos en la colchoneta, reponer fuerzas con el alimento y que en la madrugada vendría a buscarnos para ocultarnos en otro lugar. No nos dio ningún detalle de su situación en este evento, pero por su sigilo imaginé que estaba actuando por cuenta propia, sin la venia de su Superiora.

La Escuela estaba aún silenciosa cuando, al amanecer, volvió la religiosa. Era una mujer joven, casi una niña, de mirada suave y tímida, que en susurros nos dijo que debíamos salir del lugar antes que las alumnas despertaran y se percataran de nuestra presencia.

Nos condujo a los baños colectivos del internado; ingresamos a uno de los cubículos para treparnos a la taza del wáter y esperar agachadas, con el propósito de que no se nos viera desde el exterior; luego, clausuró la puerta para evitar el ingreso indiscreto de alguna chica. Desde ahí fuimos testigos del trajín del aseo personal de las internas, sus conversaciones, sus risas y bromas, sus apuros, mientras nosotras tratábamos de mantener el equilibrio en nuestra incómoda postura. Finalmente, se hizo la calma y el recinto quedó vacío.

Unos minutos después nuestro encierro se abrió; la Madre Cruz estaba frente a nosotros escrutando con mirada severa nuestra facha disminuida. Se me heló el corazón con la idea de que venía para entregarnos a la policía. En cambio, nos expresó que era sólo su conciencia cristiana por sobre su deber cívico lo que impedía que así lo hiciera y que por última vez nos procuraría su ayuda para escabullirnos.

Salimos por la puerta principal del edificio hasta su automóvil, en el que nos llevó, a mi pedido, hasta el terminal de buses que conectaban Santiago con la costa. Nos apeamos muy cerca de un bus con destino a San Antonio para abordarlo, tratando de evitar poner mi cojera en evidencia.

5. DE REGRESO A CASA

Llevábamos dinero necesario para los pasajes —el que nos habían procurado de antemano los jesuitas en caso de cualquier eventualidad—, por lo que fuimos a sentarnos al fondo del pasillo, donde nuestra presencia se perdía entre los paquetes apilados por los otros viajeros. A última hora, llegó un pasajero a acomodarse a nuestro lado: ¡un carabinero!, la vecindad que menos apreciaba mi atribulada ansiedad.

No estaba cierta de lo que haríamos una vez en San Antonio. Tenía la idea que estaríamos en la cercanía de Punta de Tralca, que era el único lugar conocido a dónde podríamos encontrar refugio; luego de la experiencia de rechazo reiterado de parte de las Adoratrices, en la víspera, ya no tenía ninguna certeza. Si no éramos acogidas en la Casa de Ejercicios, quedaríamos en absoluto desamparo... con la DINA buscando prófugos cual jauría desbocada, en vista de los acontecimientos de Malloco, unos días antes. El camino hacia el litoral de Chile central se hacía interminable. Me esforzaba en disimular, sin mucho

éxito, la angustia y el dolor físico que me ocasionaba el traqueteo del maltrecho bus rural, puesto que el carabinero preguntó gentilmente a Lichi si su madre iría “enfermita”. La niña inventó sobre la misma una intrincada historia de desventuras sin fin de manera de satisfacer con creces cualquier curiosidad. Una vez arribadas al terminal del puerto, con un techo bajo de nubes grises preñadas de tormenta, fue tarea difícil desprendernos del solícito policía.

Paradas en medio del trajín de viajeros, no atinábamos hacia dónde dirigirnos. ¿Qué nos quedaría por delante si las monjas del viejo seminario tampoco nos abrían las puertas?

Divisamos el letrero de una de las micros que rotulaba “El Quisco”. Sabíamos que esa playa se encontraba un poco al norte de Punta de Tralca, por lo que lo abordamos. Cuando reconocimos desde lejos el lugar, Lichi preguntó por una dirección inexistente al chofer, quién lamentó que deberíamos descender en el acto para re andar el camino, ya que, al parecer, nos habíamos equivocado. Quedamos en el sitio preciso, en el puente que se atravesaba por sobre el estero que serpenteaba, abajo, entre los árboles del pinar, cerca del convento.

Con mucha dificultad, mi hija me ayudó a bajar por el repecho, agarrada a los pilares de la estructura. Como me viera agotada por el esfuerzo y derrotada por la incertidumbre, me ocultó entre las matas del bosque mientras iba en busca de socorro. Corría viento penetrante y caían esporádicamente gruesos goterones, los pájaros callaban en espera de la borrasca. El rato de su ausencia se me hizo

eterno en la desesperanza. Al cabo de mi resistencia, de pronto oí voces y el rumor de pasos que se aproximaban por la arboleda. El pecho frondoso de la Madre Sofía Magdalena me acogió en su refugio, a la par que me reprochaba con palabras cariñosas por no haber tenido suficiente fe para dirigirme directamente “a casa”. En mi congoja sólo atiné a comprender que por fin mi hija y yo estábamos de vuelta en la seguridad del abrazo de la iglesia bienhechora de nuestro pueblo. En “casa” nos esperaban un refrigerio caliente y una cama mullida. ¡Podíamos descansar, por fin, de tanta penuria e incertidumbre!

Retomamos la rutina de la Casa, como si estuviésemos de regreso al hogar. Cada día llegaban nuevos residentes clandestinos que alzaban el vuelo prontamente o permanecían tiempo más largo bajo el alero protector. A la postre, todos iban partiendo, menos nosotras. De la solicitud de visa no había respuesta desde ningún país apelado; el cupo que se nos destinaba en la embajada de Costa Rica había sido ocupado por algunos de los prófugos del enfrentamiento en Malloco... Parecía que el mundo nos había olvidado. Parecía que sólo “el soplido del viento”¹ y el retumbar de las olas en la oquedad de las rocas nos acompañaban.

En la primavera de ese noviembre departíamos a la hora de una

1. En referencia al sentido de que habla la conocida canción de Bob Dylan: “Blowin’ in the Wind”; la palabra hebrea “ruaj” significa viento, aliento o espíritu, es decir: “La respuesta está en el soplido del Espíritu”.

siesta con las misioneras españolas, que nos visitaban por encargo del Comité, en la terraza del edificio colindante al jardín del claustro. A nuestros pies se hallaba el estacionamiento para vehículos, la corrida de pinos despeinados por el viento oceánico y la vastedad del mar hacia el horizonte. De pronto, llamó mi atención una camioneta con la cabina color celeste; me recordó el vehículo en que solíamos –“él” y yo– trasladar de manera encubierta, a prófugos perseguidos por la policía secreta del tirano. Me volví hacia las misioneras y les dije con enorme nostalgia:

–Vean esa camioneta; es igual a la del obispado de mi ciudad.

Junto al vehículo surgió saltando una niña rubia y flacuchenta.

–¡Miren! Esa niñita... es como mi Selva...

La niña se detuvo en su retozo, miró hacia la terraza y comenzó a correr hacia nosotras llamando:

–¡Señora, señora! La señora con lentes, ¿es usted mi mamita?

¡Había crecido tanto en los meses sin verla! ¡Era ella, mi niña, mi chiquita, mi Selvita! ¡Ese tiempo inacabable de ausencia y miedos! Había pasado tanta muerte por nosotras que, ahora, no osaba creer lo que estaba sucediendo. Ese encuentro con la más pequeña de mis hijas era una brizna de felicidad que me regalaba la vida; no me atrevía a aceptarlo como real.

Lichi acudió al encuentro de su hermanita, nos abrazamos las tres y empezaron las preguntas: ¿Cómo, cuándo, por qué? ¿Qué había mediado para tanta felicidad? ¿Quién...? La persona que se nos aproximaba tenía todas las respuestas; “él” venía a largas zanca-

das cruzando el jardín del claustro seguido por una sonriente Madre Sofía Magdalena.

Durante el lapso transcurrido desde nuestro viaje a Talca antes de sumirnos en la malla clandestina de protección de la iglesia, la existencia de los chilenos había seguido el curso cotidiano universal de las dictaduras: opresión y represión indiscriminadas en todos los ámbitos sociales, abuso, terror desencadenado, miedo... y silencio respecto de la verdadera situación reinante. Unos callaban por temor, muchos, por ignorancia y otros, por estar comprometidos con el régimen y la propiedad de sus políticas.

Había sido cuestión de tiempo que la DINA buscara manera de recapturarme; supongo que era materia de honor, como ellos lo entendían, no dejarse engañar por una prisionera supuestamente arrastrada sin otra alternativa a sus filas criminales... y yo me había escapado de sus garras.

Nos contaron que una tarde se aparecieron dos hombres de sospechosa catadura en la sala de clases donde debía estar mi hija menor. El profesor a cargo, conociendo de mi “desaparición” y con la alerta que lo premunía su militancia de izquierda acosada por los servicios de seguridad, negó la presencia de Selva, quién, en ese momento, estaba distraída en desórdenes propios de su corta edad. Apenas los individuos hubieron abandonado la escuela, mi colega René Herrera hizo llevar a la niña a lugar seguro, fuera del alcance de la DINA, que, seguramente, pretendía que yo me entregara a cambio

de rescatar a la niña. El Comité del obispado local fue prevenido y, una vez más, se activaron los mecanismos de protección. “Él” fue el encargado de poner a salvo a mi hijita.

Al día siguiente, salió en el vehículo del obispo con la pequeña camuflada entre cajas con ropas y vituallas, rumbo a la capital, al Comité Pro-Paz. Allí consiguió desarmar la maraña de direcciones en que había desembocado nuestra huida y logró reunírse nos en este instante de alegría inesperada.

En vista de lo acontecido, recrudesció mi ansiedad por la suerte que pudiera acechar a mis otros tres retoños –Nana, Fidel e Isolda–, hasta el momento al resguardo con parientes ajenos a la contingencia. No obstante, nuestros contactos con el Comité me hicieron ver la dificultad de llevarlos con nosotras, en lo que implicaba trasladarlos, agrandar el grupo de refugiados y sacarlos del país en condiciones de clandestinidad. Sólo cabía esperar, confiar en la providencia, no desfallecer. Sólo quedaba la constante oración.

El grupo de prófugos continuaba agrandándose o se empequeñecía según los vaivenes de las olas represivas. Únicamente nosotras seguíamos estancadas en una espera sin fin. Selva devino fuente de travesuras y ternura para todos. Ella se dejaba mimar entregando su inocente alegría sin reserva ni desconfianza; con ella llegó un rayo de sol a la sombra de nuestras vidas asediadas. Hubo un compañero, principalmente, que tomó un cariño especial a la niña. No recuerdo su nombre, sólo que era un joven padre, que solía tomar la guitarra de la salita donde pasábamos las veladas, para cantar una y otra vez

la canción de cuna que había compuesto para su hijita: “A, A, A, la Pelusa de papá; E,E,E, la niñita tiene sed; I,I,I, la bebida hizo pipí...”, mientras corrían lágrimas por sus mejillas enflaquecidas. Selva se le arrimaba y le pedía: “Cuéntame de tu guagüita,” y él recomenzaba la narración de las hazañas de su pequeña.

Este joven había llegado una tarde acompañado del cura Alfonso Baeza –conocido cura-obrero de las poblaciones del Gran Santiago, por sus acciones en pro de reivindicaciones de trabajadores y la protección de perseguidos políticos; estaba a la cabeza de la Pastoral Obrera del Arzobispado, seguidor leal de la doctrina social que inspiró al Cardenal Silva Henríquez–. Iba rengueando, por los corredores del convento. Supimos de boca de don Alfonso de los tormentos a que había sido sometido en diferentes cuarteles de la DINA, cuyos resultados desembocaron en ese pie enyesado. Entre todos tratamos de aligerar sus dolores con palabras reconfortantes y yo me ofrecí a oficiarle de enfermera. El caso es que, a los días, el olor que expelía la bota de yeso se hizo inaguantable. Armada de valor y ante la nula posibilidad de conseguir urgente otra ayuda, puse manos a la obra abriendo el envoltorio nauseabundo, para encontrarme con el pie casi putrefacto y entumecido. Con el apoyo de los compañeros, procedimos a raspar y desinfectar su herida. Afortunadamente, yo tenía algo de experiencia previa por las diversas acciones que había que improvisar en la clandestinidad. Aún guardo, entre los “recuerdos” de ese tiempo, las hojas sueltas de los escritos que ese hombre me confió al momento de partir para ser asilado en una embajada.

Otro compañero que dejó una huella profunda en la memoria, fue Matías. Matías Delgadillo, dijo. Como todos actuábamos con extrema cautela, cuidando nuestra identidad para el caso de una delación involuntaria o que el grupo fuera infiltrado por agentes de seguridad, a pesar de las precauciones extremas, ninguno estaba convencido de los nombres con que nos presentábamos a los demás. De todos modos, exhibía un “pasaporte” evidente: sus muñecas venían marcadas por las heridas profundas que le habían producido las sogas de los colgamientos a que fuera sometido durante su detención. Era un hombre silencioso, que se movía pesadamente, como abrumado por experiencias inenarrables. Sin embargo, tenía gesto amable y desde la orilla, seguía nuestras conversaciones y actividades, a las que se sumó, en cuanto el dolor de las heridas se le fue atenuando. Cuando nos distribuimos las tareas domésticas, eligió desempeñarse como mozo de labores de casa y jardinero de los prados de flores de las monjas. Solíamos conversar con nostalgia sobre el poeta, al que él solía acompañar, narrándonos sus anécdotas. Una tarde me acarrió en sus brazos a lo alto de la colina vecina donde había una pequeña cabaña hecha con restos de naufragio: el refugio donde Neruda solía ir a encontrarse con la inspiración. Otros compañeros habían ido allá a rendir homenaje al poeta mártir; como yo me lamentara de no estar en condiciones físicas para hacer lo mismo, fue que Matías ofreció llevarme.

Imperceptiblemente, llegó la Navidad. Hacíamos como si la fecha no contara para nosotros; esquivábamos referirnos a ella, a pesar que en su fuero interno cada cual estuviera tratando de mantener a raya los recuerdos y añoranzas. No obstante, el ambiente de la Casa era diferente; se llenó de grupos de religiosos y laicos que venían por unos días de reflexión; las monjitas colgaron adornos en los umbrales del comedor, la cocina olía a guisos y especies desacostumbradas.

Varios Obispos pasaban unos días en reuniones preparatorias a las festividades de fin de año. Entre ellos, don Camilo Vial, de Linares, Monseñor Hourton, don Tomás González, de Magallanes, el obispo de Chiloé y más, cuyos nombres ya no recuerdo; los encabezaba el Cardenal Silva Henríquez. La Madre Rosa había estado haciendo catequesis a Selva, preparándola para que recibiera su Primera Comunión antes de partir de Chile. Fue don Camilo quién se la dio, en la misa diaria de la capilla de Punta de Tralca. Para mí revistió gran importancia, ya que sentía que con este gesto ponía a mi hijita a resguardo del mal. Nada parecía apaciguar el terror que oprimía mi existencia; el miedo me acosaba en todo instante y nada me parecía suficiente para impedir que mis hijas sufrieran mayor daño.

6. ASEDIADAS POR LA POLICÍA SECRETA

A la hora de almuerzo, en vísperas de Navidad, la Madre Sofía Magdalena se acercó a nuestra mesa de "asilados" para invitarnos a compartir la Misa de Navidad con la Comunidad. Creyentes y ateos agradecemos el gesto y nos acicalamos lo mejor que pudimos para acudir a la pequeña capilla. Oficiaba Don Raúl.

Con los ojos de la memoria veo a las compañeras entremezcladas con las monjas, arrodilladas en los reclinatorios, a los hombres de pie a la entrada del recinto, nosotras tres cogidas de la mano, cerca del altarcito. Rememoro el recogimiento y la unción con que cada uno siguió el culto, el silencio profundo, las miradas empañadas, nuestras lágrimas calladas, los dedos sudorosos de mis hijas aferrados a los míos, mi plegaria angustiada.

A la salida nos dispersamos prontamente; cada uno querría encontrarse con sus pensamientos en la intimidad. No advertí la demora extraña de Lichi que nos retenía con insistencia en el jardín, hasta que nos llamaron desde los dormitorios.

El pasillo estaba a oscuras; sólo se distinguía una franja de luz

bajo nuestra puerta, lo que sí me puso en alerta. Cuando abrimos, nos recibió la algarabía de los compañeros, que habían preparado esta sorpresa: ramitas del pinar para perfumar la pieza, bandejas echas de hojas multicolores de revistas conteniendo panecitos amasados comprados en la cabaña del bosque, frutas, nueces y bebidas gaseosas, junto a envoltorios de papel sobre las camas. ¡Regalos de Pascua para todos! Líneas de un poema, cartas de camaradería, ramilletes de flores silvestres, una muñeca para Selva, las pulseras que yo había fabricado para Lichi... el abrazo cálido de todos con todos. ¡Cuánta tristeza por las ausencias, cuánta nostalgia!

Pocos días después, me había retirado desde el comedor al edificio donde ocupábamos las antiguas celdas de seminaristas. El cielo límpido y el aire cálido no presagiaban los acontecimientos que se desencadenarían minutos más tarde. Al subir la escalera de acceso vi, de pasada, las figuras de dos individuos agazapados entre los maticos de rododendros de color coral. Inmediatamente me inquieté. Divisé a Matías que se acercaba empujando una carretilla desde el otro extremo del patio. Los tipos lo rodearon súbitamente y lo encañaron con metrallas. Percibí a Lichi que venía por el pasadizo del claustro. Desde la altura de mi sitio le di la alarma con gestos que ella comprendió de inmediato, por lo que retrocedió en busca de socorro. Entretanto, Matías protestaba y se resistía a ser aprehendido.

En un instante dado, me percaté que por el jardín, acompañado de dos o tres curas, avanzaba el Cardenal con pasos decididos. Se

enfrentó a los hombres que sujetaban a Matías y su voz airada llegó hasta mí. Preguntaba qué estaba sucediendo, quiénes eran ellos, por qué querían llevarse a “su invitado”. “A la casa de Dios nadie debe entrar sin permiso. Aquí soy yo el guardián y ustedes no han pedido mi autorización ni para pasar ni para secuestrar a este hombre.” Y se interpuso entre el cuerpo de Matías y el arma mortífera. Su facha de campesino más bien bajo de estatura y su voz increíblemente potente, imagino que los sorprendió de un modo tal, que los atacantes soltaron su presa y echaron a correr por la ladera que llevaba a la playa, hasta perderse entre las rocas.

El lance produjo gran conmoción entre los presentes. Luego de un rato, nos congregaron, a “las visitas”, en un salón de reuniones del pabellón de dormitorios, para conversar sobre las precauciones a tomar, porque era de sospechar que la DINA persistiría en su intento de sorprender a los refugiados en la Casa de Ejercicios del Arzobispado de Santiago. Por ningún motivo podríamos alejarnos de los edificios principales, debíamos tratar de no dejarnos ver desde la vecindad del recinto, había que recogerse temprano en los dormitorios e intercambiaríamos nuestros alojamientos por aquellos de los religiosos que en esos días hacían allí su retiro espiritual. Todos recogimos nuestras escasas pertenencias y nos refugiamos en las celdas de los curas, preparándonos para una noche preñada de zozobras.

Desde el segundo piso, donde permanecíamos ahora, velá-

bamos a lo largo de las horas que se arrastraban lentas. De vez en cuando, alguno de los sacerdotes se asomaba a reconfortarnos. La opresiva noche se nos introducía en las fibras del cuerpo. Repentinamente, sentí que la oscura espesura se perturbaba con la sensación de veladas presencias en los lindes del acantilado más allá de los pinos que orillaban el estacionamiento para vehículos.

Esa impresión extraña fue tan fuerte que –aunque siempre cuidaba de no alarmar a los compañeros– fui a golpear al cuarto vecino para compartirla con Matías. Por la ventana espíamos con ansiedad el lugar, hasta confirmar nuestros temores: un grupo de siluetas emponchadas se deslizaba por el patio aproximándose al edificio adonde nos encontrábamos. Matías salió sigilosamente a prevenir a nuestros bienhechores. Los curas y monjas –que, a juzgar por los hechos, también velaban– irrumpieron en nuestras habitaciones en un santiamén. Alguien encendió las luminarias exteriores poniendo en evidencia la invasión de los insólitos personajes y provocando su estampida.

Al día siguiente, nuevamente fuimos reunidos a con quienes representaban al Comité Pro Paz, para comunicarnos que se hacía imperioso dejar Punta de Tralca, por el bien de nuestra propia seguridad. El desalojo comenzaría al instante. Uno a uno, los compañeros se fueron esfumando imperceptiblemente de nuestro rededor. Algunos –según supimos más adelante–, para ser introducidos en embajadas, otros, para continuar en las sombras clandestinas. Otra vez, quedábamos rezagadas.

En ese lapso, aconteció un incidente muy desagradable para mí: la visita de un miembro del Partido.

Venía con el encargo de interrogarme acerca de los rumores que habían alertado a la organización acerca de mi próxima salida del país. “¿Con qué autorización contaba la compañera para decidirlo por su cuenta? ¿Qué acto de indisciplina significaba esto?”

Mi asombro ante tamaño despropósito fue enorme y mi indignación no se hizo esperar: ¿Podía el partido arrogarse autoridad moral para calificarme, si había sido incapaz de proteger la vida de sus militantes o de socorrerlos y los dejaba en la indefensión cuando eran perseguidos? El mensajero adujo que, en caso de haber cabida para sacar clandestinamente a gente del país, lo debido sería comenzar con los militantes “importantes”. Pero, “El Partido” es más que el vacío de una palabra sin sentido. Yo consideraba que “El Partido” es la militancia que lo compone, son las personas de carne y hueso, todas y cada una, y que el valor de la vida es el mismo para cada una de ellas. Sentí la injusticia de la discriminación, la falta de respeto a mi entrega leal y la carencia de humanidad de la dirigencia. Los militantes anónimos éramos sólo instrumentos para ella. ¡Pero, yo no toleraría que nadie cuestionara mi intención de salvaguardar mi vida y la de mi prole! Una vez más consideré la idea de renunciar a la militancia –como lo había hecho unas semanas antes del golpe de Estado, ocasión en que permanecí en él porque el momento llamaba a sumar y no a arrancar como ratón asustado en un naufragio.

La dificultades que impedían acercarnos a la libertad eran variadas: estaba mi incapacidad física para introducirme furtivamente en una sede diplomática, añadida a la presencia de mis niñas que haría muy difícil la permanencia en el espacio hacinado de una embajada, además de la demora en obtener visa de asilo político en otro país y, también, creo, el anonimato que conllevaba nuestra escasa importancia en el conjunto político global.

Para coronar este cúmulo de circunstancias, estaba la situación de tierra de nadie en que nos había dejado la disolución del Comité Pro Paz, forzada por la Dictadura, en los fines del año 75.

Como respuesta a la marejada de la persecución indiscriminada y atropellos desencadenados a partir del instante mismo del Golpe de Estado por los Militares, las iglesias de los principales credos de Chile habían dado forma a esta organización ecuménica con el fin de prestar ayuda y proteger a las víctimas de las brutales transgresiones a los Derechos Humanos básicos. La tiranía no podía tolerar intrusión en sus políticas represivas, por lo que terminó forzando la cesación del Comité Por la Paz.

El Cardenal Silva Henríquez gestionó ante el papa Pablo VI la creación de un organismo propio de la estructura eclesial católica, lo que la hacía más difícil de atacar abiertamente: una vicaría, la Vicaría de la Solidaridad, cuya función sería prestar asistencia social y legal, denunciar las violaciones al Derecho a la Vida y amparar a las víctimas de los asesinatos políticos, detenciones arbitrarias, torturas,

presos políticos, relegados, cesantes, etc., de la dictadura del general Augusto Pinochet Ugarte.

Comenzó su funcionamiento el 1 de enero de 1976, siendo su primer Vicario el jesuita Cristián Precht Bañados. La Vicaría de la Solidaridad desarrolló una labor humanitaria de tal importancia (también en el ámbito social al crear una serie de organizaciones de socorro paliativo de la pobreza que provocaron las políticas represivas y un nuevo ordenamiento económico, como ollas comunes, comedores abiertos, comprando juntos, talleres artesanales y de capacitación, bolsas de trabajo, y otras que se me escapan en su diversidad), que ha obtenido el reconocimiento internacional y sus Archivos son parte de la Memoria de la Humanidad, según fuera decretado por la UNESCO.

Con mis hijas Lichi y Selva, pues, nos hallamos entrampadas en la etapa de transición entre el Comité Pro Paz y la Vicaría de la Solidaridad. Fueron meses inciertos en que sólo la conciencia de deber ético y cristiano y la decisión personal de quienes optaron por la solidaridad y la justicia nos protegieron a riesgo de la propia seguridad y comodidad. Fue en esa etapa que nuestro anfitrión, el Cardenal de la iglesia católica en Chile, interpuso su voluntad y su vida entre la muerte y la sobrevivencia de incontables perseguidos. La Historia y nuestros descendientes no deberán ignorarlo jamás.

7. DE VUELTA A SANTIAGO

Ybien: transcurrían los días sin novedad hasta que nació el año 76. De los refugiados, sólo permanecíamos nosotras en la Casa. El 2 de enero nos comunicaron que cogiéramos lo más necesario para dejar Punta de Tralca. Un vehículo aguardaba en la vecindad del pinar; fuimos conducidas hasta El Quisco, donde tomamos, en compañía de Pablo Fontaine Aldunate, de los Padres Franceses, el bus con destino a Santiago. Simulábamos ser una pareja de clase obrera regresando desde la playa con sus hijas. En el trayecto el cura explicó que nos bajaríamos en las afueras de la capital, donde estarían esperándonos.

Descendimos del vehículo en una calle anodina de barrio residencial periférico y esperamos largos minutos en el paradero de transporte urbano. Al final de la vía apareció un auto con vidrios polarizados; avanzó lentamente y pasó casi rozándonos, para luego torcer en la bocacalle siguiente; presentimos un patrullaje ocasional de la policía política, lo que nos hizo temer por el resultado de nuestra expedición. Pero, otro automóvil venía detrás; se detuvo junto a nosotros, alguien abrió las puertas adyacentes y nos introdujimos

prestamente en él. Partimos raudos, zigzagueando por los pasajes de la población, hasta enfrentar una avenida cuyo trayecto nos llevaba en dirección a la cordillera.

Nos transportaron a la Casa de Ejercicios de los Sagrados Corazones, en Macul, cerca de la Rotonda Quilín. Era una hermosa parcela en los faldeos de la montaña, con largas hileras de árboles frutales, chacras y profusión de flores bordeando los senderos de pastelones que unían las diferentes edificaciones para actividades comunes y las cabañas que servían de residencia para los grupos que acudían allí. Uno de esos pabellones albergaba la biblioteca. Tuve acceso a ella y pude ver apretadas entre los estantes las pilas de libros de filosofía e historia del pensamiento universal que habían sido librados por la Iglesia, antes del allanamiento a centros culturales y bibliotecas de barrio, de la furia de los sicarios del fascismo. Este reencuentro físico con la expresión noble de la mente humana me devolvió un algo de la calma espiritual. Pude respirar más aliviada, con libros en las manos, que me hablaban del lado esclarecido del hombre.

Allí también nos reencontramos con Isabel y Sergio, los primeros compañeros con los cuales nos habíamos reconocido como tales en Punta de Tralca. Luego de mi primer viaje a Santiago, ellos habían debido abandonar el lugar, ya que desde entonces se había comenzado a manifestar el acoso de los agentes de la DINA. Estaban, también, “el Lelo”, cuyo hermano exiliado encontramos en Inglaterra y con quién establecimos mucha amistad; un par de jovencitas del Mir, otra pareja de pobladores.

Era tiempo de faenas de hortalizas y fruticultura. Premunidos de amplias chupallas y delantales, los varios amparados allí por la Vicaría pusimos manos a la obra en los quehaceres del huerto.

Constantemente, helicópteros sobrevolaban el predio como buscando señas de actividades irregulares. Ese lugar había servido oficialmente como emplazamiento de protección de las Naciones Unidas para refugiar a quienes acudían por amparo a ese organismo; durante varios meses ondearon en su pórtico las banderas blancas. Aunque ya no cumplía dicha misión, la propiedad todavía era vigilada estrechamente y era ésta, precisamente, la razón por la que se ocupaba para esconder prófugos, ya que era impensable, según toda lógica militar, que esta Casa de Retiros, bajo esas circunstancias, se siguiera usando para tal propósito. Disfrazados de campesinos, intentábamos pasar desapercibidos entre los trabajadores habituales de la parcela.

La fraternal relación de camaradería se estableció una vez más. Mis hijas pasaban a ser los niños ausentes en la vida de cada uno; nos distraían con sus retozos, a la vez que eran fuente de preocupación. Uno de los compañeros recogió un pichón de halcón peregrino herido en un ala para regalárselo a Lichi; fue bautizado Benoni, que significa “hijo de mi tristeza”, en hebreo.

El 13 de enero fue, para mí, fecha plena de desconsuelo; cumplí los 40 años de edad acosada por la persecución de la dictadura. Bruscamente me vi confrontada con mi historia; llegaba probablemente a la mitad de la existencia en medio de la zozobra y un sentimiento

de vacío y fracaso. Mientras la generalidad de las personas alcanzaba esa edad con los proyectos de vida encaminados, realizaciones consumadas, metas claras, estabilidad emocional, etc., a mi haber no había ni uno de esos logros, sino incertidumbre, desesperanza, indefensión absoluta... y mis hijas expuestas en una sociedad hostil y cruel. Lloré de impotencia y de remordimiento. Lloré a escondidas, sin trabas porque sólo me quedaban lágrimas para entregar al mundo. Temí haber equivocado irrevocablemente el camino y sentí el peso de la responsabilidad de haber arrastrado conmigo a mis criaturas inocentes.

La quietud de nuestra espera no duró. La inminencia de la llegada de visas para nosotras –todos los plazos debían terminar por cumplirse– obligó a comenzar con los trámites pertinentes para sacar a mis hijas menores de edad del país; había que contar con autorización judicial, en ausencia del padre, para obtener sus pasaportes. Por lo tanto, se organizó la ida a un juzgado de menores con ese fin. Yo debería salir sola del recinto, coger movilización pública en la cercanía y llegar al centro de la ciudad. Allí estaría esperándome una de las misioneras españolas que, de traslado en traslado retomaban nuestro contacto para servir de nexo con el Comité –ahora, Vicaría de la Solidaridad– y ayudarnos en lo que fuera menester, a pesar que ellas debían ignorar el lugar dónde nos refugiábamos para mejor proteger dicha incógnita en caso de ser sorprendidas e interrogadas por la policía política.

Dejé la Casa de Ejercicios con gran intranquilidad; sabía que en estas horas estaría totalmente desamparada, como si me adentrara en un campo de minas abierto. La intuición me decía que el extraño que, a decir del jardinero, andaba merodeando por los contornos y ya había preguntado en portería si allí viviría una profesora de francés –yo era pedagoga y enseñaba ese idioma–, era un agente de seguridad.

No más llegar al paradero, distinguí espiando detrás de un árbol al “Pinocho”, uno de los guardias jóvenes de la conocida “Venta Sexy”, donde había estado detenida largas semanas antes de ser liberada. El hombre ya se me aproximaba, cuando apareció la “liebre”¹. La detuve, abordándola rápidamente; el “Pinocho” se colgó del estribo para situarse a mi lado. Me miraba fijamente, manifestándome de esa manera que me había reconocido y que me encontraba a su merced. Dominé como pude el pánico; había que pensar con claridad; mi vida y, por ende, la de mis hijas y de todos quienes nos habían socorrido, estaban en juego. Debía hacer algo de manera rápida para evitar que el tipo me arrestara allá mismo con cualquier excusa. En eso, en la intersección con otra calle, se acercaba una micro del recorrido Matadero-Palma. No me explico el esfuerzo físico y el coraje que me impulsaron a saltar desde uno al otro vehículo y dejar rezagado a mi cazador. De micro en micro logré escabullirme hasta llegar al centro, donde fui capaz de orientarme y alcanzar el lugar de la cita.

Consuelo esperaba en el porche del tribunal; literalmente, me desplomé en sus brazos. En una nube de confusión realizamos

1. Se denominaba “Liebres” a los minibuses del recorrido urbano.

la diligencia. Trataba de serenarme sin conseguirlo a cabalidad, pero, finalmente, me sobrepuse lo suficiente para tomar taxi y regresar a Macul. Consuelo, entretanto, alertaba a la Vicaría de lo acaecido.

La alarma cundió apenas narré a los compañeros las vicisitudes de mi salida. En esa oportunidad había sólo dos monjas de la congregación a cargo del recinto, pues el resto de la gente habitual se encontraba en la costa en retiro espiritual. Pasamos esa noche en vela reunidos en una de las cabañas, lucubrando acerca de lo que depararía el destino.

Pusimos las niñas a dormir y, por la sugerencia de alguno en su impotencia, los adultos nos congregamos alrededor de un vaso puesto boca abajo en el centro de un círculo de papelititos, cada uno con una letra diferente del alfabeto. Una de las compañeras había propuesto “consultar a los espíritus”. Invocamos la presencia de diversos difuntos, algunos de renombre histórico, otros, amigos caídos en las redes del fascismo.

De pronto, el vaso comenzó a vibrar bajo nuestros dedos sobrepuestos en su borde. Lentamente, fue trasladándose de letra en letra, como arrastrado por una energía misteriosa, para formar palabras que respondían a nuestras preguntas: Si saldríamos con vida de este impasse, si nuestros amigos desaparecidos estaban vivos, dónde se encontrarían, qué nos aguardaba... Pregunté por la suerte corrida por Bill después de haber sido retirado de “la Venda Sexy”. La respuesta fue: Pirque. (Tiempo después supe que en ese lugar había funcionado

una casa de seguridad de la DINA.) Fue una experiencia espeluznante para la cual no tengo explicación lógicamente científica. Por su parte, mi compañero de prisión nunca fue hallado.

A ratos los perros de la quinta ladraban enloquecidos. Escuchábamos rumores inquietantes, nos angustiaba el ulular de las lechuzas y el batir de alas de los murciélagos en el entretecho del galpón contiguo.

Por fin llegó el amanecer y, con él, reaparecieron los sacerdotes ausentes, que habían sido requeridos a regresar y se dispuso nuestra evacuación inmediata del lugar.

Las niñas serían llevadas a reguardo, mientras yo sería conducida a otro lugar; había que separarnos con el fin de despistar a posibles ojeadores de la policía. En las circunstancias, no había cabida para discutir el plan; hube de resignarme a “dejar a mis hijas en las manos de Dios”: Él las protegería, como lo había hecho hasta ese momento; quedé a merced de la fe que me amparaba.

En la memoria guardo la sucesión confusa de casas de religiosas, sacristías de iglesias, corredores solariegos y subterráneos abarrotados, por donde pasé en esas horas de angustia, disimulada con hábitos de distintas congregaciones. Finalmente, fui introducida en una pequeña habitación, en casa de una comunidad de monjas, que no supieron de mi presencia, para pasar la noche.

Volvimos a reunirnos las tres en una casa en la Avenida Los Leones, donde ofició de anfitrión el Padre Ignacio. ¡El ingenuo y

bondadoso Padre Ignacio! No sé cómo sería que fue informado de nuestra situación; la cosa es que, siendo capellán al servicio del Dictador Pinochet, aceptó velar por nuestra seguridad y sobrevivencia. La casa, por esos días se encontraba vacía de sus habituales moradores. El Padre Ignacio había quedado a su cuidado, a la vez que cumplía su labor sacerdotal cerca del General.

Después del desayuno, el cura dejaba la residencia para regresar al atardecer. Entretanto, nosotras debíamos esconder nuestra presencia haciendo el menor ruido y movimientos posibles con el fin de no delatarnos. Permanecíamos en la galería que daba al jardín interior, formado por un prado central rodeado de macizos de arbustos, helechos y flores, al fondo del cual había una pequeña construcción habilitada como capilla privada de la comunidad sacerdotal. No debíamos, por precaución, encender radio ni televisión: la casa debía aparentar estar deshabitada. Conversábamos en susurro, inventando juegos de mesa y concursos de conocimientos para entretener a Selva; Lichi solía perder la mirada en ensoñaciones que nunca me reveló. No sé hasta dónde esos días de contención marcaron la adolescencia y la niñez de mis hijas, pero, al menos en mí, dejaron huella indeleble: tratar, siempre, en las concurrencias, de desdibujar mi presencia.

Cerca de las siete poníamos oído atento al sonido de la llave en la puerta principal; era la hora en que regresaba el dueño de casa y nosotras retomábamos la vida con algo de normalidad al circular por las habitaciones, descargar el wáter, preparar alimentos en la cocina. En seguida, deslizándonos a lo largo de las panderetas, al abrigo de

la vegetación de las orillas para evitar ser vistas desde la altura de los edificios circundantes, acompañábamos al cura a la capilla del jardín a compartir las oraciones.

Por esos días, transmitían por la tele el Festival de la Canción de Viña; de los primeros, imagino. El cura moría por la cantante de moda en ese entonces, Mari Trini, por lo que no perdíamos las transmisiones, de modo que la española pasó a ser nuestra preferida, también.

8. MÁS ZOZOBRAS

Dos inquietantes acontecimientos vinieron a perturbar esa rutina. Desde la Vicaría nos avisaron que había que apersonarse en el CIME¹ con el fin de preparar los documentos para nuestro refugio en Europa. Había que enfrentar el riesgo de una salida de nuestro abrigo. Esta vez nos escoltó un tal Padre Fernando, al que ya habíamos conocido en conexión con otros refugiados en Punta de Tralca. Selva quedó en casa con la estricta recomendación de guardar sigilo, de no asomarse a la calle ni contestar el teléfono. ¡Pero, ella no pudo vencer su curiosidad infantil! Repicó el teléfono y levantó el auricular. Recibió el recado de que “mi hijo Fidel me buscaba” en la Vicaría. Cuando estuvimos de vuelta, su carita culpable la delató; acabó contándonos su desacato y transmitiendo el encargo.

En seguida de chequear la veracidad del llamado, salimos,

1. Comité Intergubernamental para las Migraciones Europeas; fundado en Bruselas en 1951, como continuador de la Organización Internacional para Refugiados de las Naciones Unidas en el contexto de la Segunda Guerra Mundial, al que Chile estaba suscrito como país fundador.

nuevamente, a encontrarnos con el hijo añorado, en una oficina ligada a la iglesia, no muy alejada del lugar, en calle Lyon. Allí aguardaban una hermana del padre de mi hijo y Fidel. ¡Después de tantos años alejados –por razones que no vale explicitar aquí– volvía a verlo en circunstancias tan extremas! Estaba cierta que la imprudencia en que había incurrido “mi cuñada” podía costarnos la vida a todos los involucrados. Aún no desentraño cuáles fueron los motivos que la impulsaron a rastrearnos cuando se supo de mi detención y fuga, ni cómo no supo imaginar el corolario que podría desatarse. Mis emociones eran una mixtura de alegría inmensurable por poder abrazar a mi “niño recuperado”, el miedo a ser atrapada, la irritación por el peligro a que se nos exponía. Una vez más palpaba la evidencia del otro Chile que no reconocía la violencia que sufría una parte de la patria. Tras minutos cortos como segundos, debimos despedirnos. Regresamos a salvo a la casa de Avenida Los Leones, con un dolor más en el alma.

El segundo evento fue la reunión insólita que logró concertar mi padre, con la mediación de los curas que nos protegían. Apelando a la buena fe de la Vicaría, el viejo consiguió que se arreglara una entrevista entre nosotros, para lo cual viajó con Nana desde provincia a Santiago. Con extrema cautela los curas nos trasladaron a nosotras tres a una residencia momentáneamente vacía, en Avenida Condell.

Ingresamos, habiendo tomado las precauciones debidas, para encontrarnos en una sala con mi padre y mi hija, segunda, retenida desde muy pequeña voluntariosamente por sus abuelos. Hacía muchos

años que nuestro contacto filial había cesado, debido a que él me la había arrebatado mañosamente. Ella fue su señuelo, pues presionada por la posibilidad de volver a verla, consentí, aún a costa del riesgo que toda la maniobra implicaba, tanto para la Vicaría como para ellos y nosotras. Yo ya había renunciado a recuperarla, así es que iba a esta reunión debatiéndome entre el resentimiento y la esperanza. A pesar de todo, se presentaba la posibilidad de estar cerca de mi hija una vez más... a pesar de la manipulación y de la inquina injustificable de que éramos víctimas. Mirando al viejo no pude evitar revivir toda una historia de atropellos y soberbia; a la persecución política se añadía, ahora, el resentimiento que los prejuicios sin límites de una familia despiadada me habían provocado.

Parada en el umbral de la habitación, escrutando el rostro de mi padre y reconociendo apenas a mi criatura en la adolescente vestida de rojo, pensé que no sería capaz de soportar tanta carga de sufrimiento, pero, por indicación de nuestros acompañantes, nos dispusimos alrededor de una mesa preparada para servirse el té; Nana había traído un queque. Mientras se revolvía el azúcar en las tazas, el viejo tomó la palabra para explicitar la razón de este encuentro: quería que, una vez en el exilio, yo apelara al Programa de Reunificación Familiar de Naciones Unidas para que ellos –mis padres y mi hija– viajaran a Europa en calidad de refugiados políticos. Prometí hacerlo; creí que de este modo Nana volvería al seno adonde debía pertenecer: al nuestro.

A las pocas horas, estábamos de regreso junto al Padre Ignacio.

No obstante, aún aguardaba otra contingencia, cuando, efectivamente, fuimos avisadas del arribo de las visas: había que sacar el pasaporte.

De nuevo, hubo que desplazarse reiteradamente al centro, esta vez con las niñas y en la compañía de varios sacerdotes que oficiaban de guardaespaldas en mi rededor, para tomar las fotografías de rigor para los documentos y, posteriormente, acudir a las oficinas de registro en la calle General Mackenna, en el corazón de Santiago, donde hormigueaban agentes de la DINA e informantes.

Luego de varias idas y venidas, la conexión adecuada con funcionarios cómplices del servicio logró ser establecida y obtuvimos nuestros papeles de viaje. Acompañadas de los funcionarios de Solidaridad, nos acercamos a uno de los escritorios que había en una inmensa sala en el vetusto edificio de General Mackenna donde se expedían los pasaportes para salir del país. Llevábamos con nosotros las fotografías, certificados y autorizaciones necesarias para realizar el trámite. Lichi tendría su documento individual, mientras Selva estaría incluida en el mío. Expuesta a la mirada directa de quienes llenaban el recinto y de los posibles agentes de la dictadura que debían pulular por todas partes, me sentía vulnerable y asediada por el temor, no sólo por mí misma, sino por el riesgo que mi exposición pública implicaba para la integridad de mis hijas.

Trataba de dominar el nerviosismo y simular una tranquilidad que estaba lejos de experimentar. En todo momento estaba presente el peligro de ser reconocida y apresada.

Me encontré instalada en una silla frente a un individuo que me miraba intencionalmente como tratando de trasmitirme alguna instrucción que yo no lograba entrever. Por fin comenzamos un extraño diálogo en que él me formulaba preguntas que en sí portaban la respuesta, puntualizada por muchos “¿no es cierto”, a las que me yo asentía sin rectificar las pequeñas desviaciones de la verdad que implicaban: “Ud. nació el 12 de enero, ¿verdad?”, y yo asentía sin corregir la fecha. “¿Es enfermera, ¿no es cierto?”; yo lo confirmaba con un gesto, sin entender la finalidad de dichas inexactitudes. Más tarde tuve la simple explicación: la información computarizada estaba, en esos años, en los albores; operaba con el calce de tarjetas perforadas en el instrumento que las comparaba con los datos almacenados; así, la variación mínima de la ubicación de las perforaciones permitía eludir el control de inteligencia de la policía. Finalmente, la libreta color rojo estuvo entre mis dedos temblorosos; un escollo más había sido superado. Contábamos con visas otorgadas por el Reino Unido, nuestros documentos eran válidos, estaba organizada nuestra salida entremezcladas en un grupo de asilados autorizados por el gobierno para dejar el país a condición de no retornar jamás. Como mi detención nunca fue reconocida por la autoridad, carecía de salvoconducto oficial y no existía, tampoco, la posibilidad de obtenerlo. Ahora, sólo restaba confiar en la ineficiencia del sistema computacional y en la distracción de los cazadores instalados en el aeropuerto para lograr escapar definitivamente con mis niñas.

Al término de aquella larga mañana de incertidumbre y sobresalto, regresamos al refugio de Avenida Los Leones. En unos días más esta agonía de la huida constante habría de cesar. Esa tarde festejamos con empanadas y helados mientras veíamos en la televisión los entretelones del Festival de la Canción de Viña del Mar.

Todavía nos aguardaba una última alarma. El día anterior a la partida, nuestra siesta apacible se interrumpió con la llegada inesperada de un cura que se hallaba ausente por un viaje al extranjero. Nuestra salida del país sucedería justo antes de su regreso, lo que obviaría toda suerte de explicaciones e inconvenientes respecto a dicho personaje, muy cercano, ideológica y socialmente, al Dictador, hecho que había garantizado paradójicamente, hasta entonces, en su ausencia, nuestra seguridad en la casa en que vivía. La sorpresa fue mutua al encontrarnos instaladas allí. Afortunadamente, el Padre Ignacio estuvo de vuelta al poco rato.

Hubo que revelar la verdad de nuestra situación, lo que provocó su “lógica” incredulidad, puesto que “siendo Augustito (Pinochet) tan buen hombre, con toda seguridad debía ser ignorante de los atropellos que cometían sus hombres con pobres mujeres indefensas. ¡Hay que ponerlo inmediatamente al tanto!” Convencerlo que no lo hiciera fue tarea ardua. Finalmente, mis ruegos encarecidos lograron poner freno a sus afanes de informar a “Augustito”, puesto que permaneceríamos apenas unas horas más en la morada. A partir de ese instante la inquietud me hizo vigilarlo sin tregua, mientras velaba el sueño de mis niñas, en caso que se escurriera a cumplir con sus intenciones.

9. VOLVER A LA VIDA

La situación de inestabilidad y temor permanentes desde hacía tantos meses me abrumaba al punto que únicamente deseaba que acabara pronto, aunque eso significaba la separación por siempre de todo lo que era mi existencia y le había dado sentido.

Atrás iban a quedar mis demás hijos, los amigos y los compañeros de lucha, mi devoción que eran mis alumnos, las salas de clases, los colegas, el barrio, las calles de la patria, las montañas y las playas, el gran amor de mi vida. “Partir –dijo Lamartine– es morir un poco”. Sentía que yo estaba muerta de antemano tan sólo con la idea de dejar a Chile y a mi pueblo. Por esa conciencia, que me nació muy temprano en la adolescencia, de ser actora en la búsqueda de la paz y la justicia social, había entregado toda mi pasión y mi esfuerzo. Ahora, nada de eso quedaba; era náufrago en medio de una tempestad cruenta, el despojo que quedó de una utopía inalcanzable. El exilio, que era la única esperanza de vida para mí y para las hijas que me acompañaban, era la peor condena, un sufrimiento sin límites.

Al mediodía siguiente, nuestro anfitrión nos despidió con bendiciones y abrazos; el retornado de la víspera nos ofreció dos botellas de vino tinto de exportación “para que celebren con sus amigos la llegada al Viejo Continente”. ¡Los dos Chile separados por abismos de insensata locura! ¡Las dos Iglesias chilenas cobijadas bajo un mismo techo! La patria destrozada en medio de dos percepciones antagónicas de la realidad...

Según las instrucciones recibidas abordamos, sin más compañía, el taxi que fue por nosotras. El trayecto hacia el aeropuerto se nos hizo eterno y preñado de angustia y aprensiones: ¿Estaríamos, verdaderamente, camino a Pudahuel, o éramos víctimas de engaño para ser recapturadas? Al final del recorrido apareció el edificio lleno de ventanales del terminal aéreo; en la acera distinguimos las figuras de Paz y Consuelo, en su última misión con nosotras: despedirnos de la patria. En el hall de espera, en un discreto rincón, Fidel y su tía nos esperaban; en los balcones interiores que rodeaban la sala divisé rostros de religiosos que fuimos conociendo durante la fuga y que vigilaban la efectividad de nuestra salida a salvo de Chile. La conocida funcionaria de la Embajada Británica también deambulaba entre la multitud de viajeros que entraban y salían del recinto.

Ya promediaba la tarde. Lichi y Selva se desentendían de mi miedo a ser aprehendidas, abrazándose al hermano recién redescubierto; yo los miraba acongojada: ¡después de tantos años de espera, después de tanto anhelar la reunión de mi prole, debía aceptar que

no había esperanza de llevarla a cabo! Había creído que construyendo un mundo menos injusto lograría enmendar los caminos extraviados, había creído que aún sería tiempo de ser plenamente madre a la vez que militante de una causa social. La vida mía plagada de desencuentros me golpeó como nunca antes en ese momento de la partida. No obstante, no hay espacios para desandar lo andado; sólo existe un camino y, ese, lleva hacia adelante.

EPÍLOGO

Estreché en mi seno a mis tres hijos en un abrazo único y con la vista dije adiós a mi tierra y a su gente, a la iglesia que nos salvó de la muerte y a mi pueblo sufriente. Conteniendo las lágrimas y los sollozos, traspasé la barrera de policía internacional que nos conducía al extrañamiento.

Llegado el momento de cruzar la calzada entre la sala de embarque y el microbús que conectaba con la aeronave, atravesamos la pista envueltas en una niebla de desolación. Levanté la vista hacia las terrazas del edificio de embarque y vi manos y pañuelos que decían adiós.

De súbito, la escalera del avión se alzaba ante mi mirada; se me adelantaron mis hijas y yo las seguí con pies avanzando al cadalso. En lo alto aguardaba el capitán del Swiss Air; me abrazó estrechamente y dijo con voz clara: “Bienvenue, Madame; vous êtes arrivée au territoire de mon pays: vous êtes libre, Madame!”¹

1. Bienvenida, Señora; ha llegado a territorio de mi país: Ud. es libre, Señora!

**ANTECEDENTES DE LA IGLESIA SOLIDARIA
DE LAS DÉCADAS DE LOS 60 Y 70 EN CHILE**

Para explicarnos la aparición de la iglesia compasiva y solidaria, cercana a los oprimidos, con decidida opción preferencial por los pobres, debemos reportarnos más recientemente al pontificado de Juan XXIII. Este Papa impulsa el gran cambio que experimenta la Iglesia Católica a partir del Concilio Vaticano II, llevado a cabo entre 1962 y 1965

Aquí se marca el momento de la concretización de un pensamiento y la acción renovadora que tiene raíces en la Nueva Teología de los años 30 y con el surgimiento de los curas obreros en Francia, todo lo cual profundiza las relaciones entre la teología y la causa de los pobres. Este compromiso, real y profundo, se ejemplariza en el teólogo jesuita Henri de Lubac, quien se sumó a la resistencia francesa contra los nazis, fue asesinado a causa de ello, y cuyo pensamiento, posteriormente, influye categóricamente en las definiciones de Vaticano II, respecto a las relaciones entre el mundo y la iglesia.

Así mismo, en los antecedentes de la Teología de la Liberación hay que remitirse al teólogo protestante suizo Karl Barth, al surgimiento de la Teología Dialéctica y a la aparición de la Iglesia Confesante, cuyo objetivo principal fue oponerse al nazismo que intentaba controlar las Iglesias.

En Latinoamérica, los lineamientos de Vaticano II y la encíclica *Populorum Progressio* (1967) de Pablo VI se traducen en la Conferencia de Medellín (Colombia, 1968), la que llama comprometerse en la promoción integral del hombre, proponiendo una liberación de la reconciliación. La originalidad de su mensaje es la insistencia en la conversión del hombre, para lo cual la misión de la iglesia es la promoción integral de la persona concreta en su comunidad —o sea, un antropocentrismo teológico.

Aquí se alzan voces inspiradoras como las del sacerdote peruano Gustavo Gutiérrez, las de los hermanos Boff y, ya desde antes, la del arzobispo de Recife Don Helder Cámara. Se les unen José Comblin en Brasil, Ernesto Cardenal en Nicaragua, Sergio Torres en Chile, religiosos norteamericanos que estuvieron activos en la oposición a la guerra de Vietnam y otros por el mundo. En 1967 se fundó el movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, adherido al Manifiesto de 18 obispos del Tercer Mundo, que había sido encabezado por Helder Cámara. Surge fuertemente el movimiento de Comunidades Eclesiales de Base, tanto en la Iglesia Católica como entre metodistas, luteranos y presbiteranos.

En los convulsionados años de las dictaduras que asolaron a Latinoamérica en las décadas de los 60 y 70, hasta los 80, jugaron un rol esclarecedor sacerdotes y religiosas mártires de la violencia política, que fueron “voces de los sin voz” y lucharon en defensa de los perseguidos, tales como; nombrados a modo de ejemplo, Camilo Torres, el cura guerrillero de Colombia, el padre Carlos Mugica en Argentina, asesinado en 1974 y, en los 80, en El Salvador, el Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, asesinado a tiros mientras oficiaba misa; la misionera laica Jean Bonovan junto a sus otras tres compañeras religiosas, también norteamericanas, secuestradas, violadas, muertas y abandonadas en el descampado, en el mismo país, ese mismo año; en 1989, también allí, el teólogo español que escribió sobre filosofía de la liberación, Ignacio Eliacuría fue asesinado al igual que sus compañeros jesuitas y las dos mujeres que atendían su casa. La lista es larga y se prolonga a lo largo de la geografía de Latinoamérica durante esos años aciagos.

A la par, a mediados de esos mismos años, se destaca el pedagogo brasileño Paulo Freire –quién fuera refugiado político de la dictadura “de los gorilas” de Brasil en Chile– proponiendo, desde la perspectiva

de un nuevo método de alfabetización para los desposeídos, la incorporación de la concientización de la realidad opresora como un elemento liberador del ser humano.

En Chile, bajo la dirección del Cardenal Raúl Silva Henríquez, la Iglesia Católica se alinea con gran fuerza junto al movimiento popular y secunda la lucha por construir una sociedad más justa y solidaria, lo que atrae a una gran mayoría de religiosos y religiosas de base; se multiplican los curas obreros en las fábricas y crecen las comunidades de sacerdotes y de monjas en las poblaciones marginales, donde realizan un trabajo de toma de conciencia responsable para ayudar a emerger a los marginados de su miseria.

Con el desencadenamiento de la represión posterior al Golpe de Estado del 11 de Septiembre de 1973, el Cardenal Silva Henríquez reunió a las iglesias de distintas denominaciones (Católica, Metodista, Luterana, Evangélica, Ortodoxa, Pentecostal y la Comunidad Israelita) para formar el Comité Pro-Paz, con el fin de ayudar a los perseguidos de la dictadura militar. Más adelante, a fines del 75, dicha institución debió cesar sus tareas obligada por las presiones del Régimen, pero el cardenal Silva, prestamente consiguió instalar la Vicaría de la Solidaridad, apoyado por un decreto papal, para continuar con la defensa de los Derechos Humanos, enfrentando a los militares, las agencias represivas, los Tribunales de Justicia. Fue allí que se inició la organización de la lucha de la oposición, además de actuar como aparato de contra-inteligencia ante los aparatos de seguridad de la dictadura.

Por su parte, los sacerdotes, monjas y laicos de las Comunidades de Base, una vez acaecido el Golpe de Estado, permanecieron junto a los pobres y perseguidos, fieles a las enseñanzas de la Teología de la Liberación.

En las redes sociales de comunicación encontré un listado inspirador, en un artículo de Palöma Grunet, de los miembros de iglesia más destacados en su participación en la lucha por resguardar los Derechos Humanos de todas las personas. Desde luego, lo encabezo con la figura del Cardenal Raúl Silva Henríquez. He aquí un extracto:

Raúl Silva Henríquez fue nombrado cardenal en 1962. Repartió tierras de la Iglesia Católica a más de 250 familias campesinas que las trabajaban, aplicando así criterios para una reforma agraria. Realizó insignes esfuerzos por promover el diálogo entre el gobierno del Dr. Allende y los partidos políticos rebeldes, sin conseguirlo, lo que aceleró la toma del poder por los militares. Durante los años de la dictadura se alzó como defensor de los derechos humanos de los perseguidos por la cruenta represión.

Pierre Dubois, cura obrero francés, desde su parroquia en la mítica La Victoria desafió a la dictadura junto a sus pobladores, defendiéndolos de los militares que llegaban a invadirlos y reprimirlos, aún interponiendo entre ambos su propio cuerpo. Su compañero religioso, André Jarlan, fue asesinado por una bala loca durante el allanamiento a la población. Pierre Dubois ya falleció.

Antonio Llidó, español, en los años previos al golpe de Estado organizó a los pobres para mejorar su calidad de vida, lo que le valió la malquerencia de algunos miembros del clero. Ingresó al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), lo que le valió la suspensión de sus funciones eclesiásticas. Apenas tomado el poder, los golpistas lo arrestaron para conducirlo a diferentes centros de detención, donde sufrió –según testimonio de sobrevivientes– horribles torturas. Al presente continúa siendo un detenido desaparecido.

El jesuita **José Aldunate**, que cambió su estatus de superior de su orden en Chile al de cura obrero carpintero en Concepción y, más tarde, en Pudahuel. Organizó a sus vecinos para aprender a sobrevivir a la pobreza y la persecución. Facilitó el asilo de fugitivos en las embajadas. Imprimió una revista clandestina. Fue fundador del Movimiento Contra la Tortura Sebastián Acevedo. Impulsó la creación del Parque por la Paz Villa Grimaldi.

Blanca Renjifo fue superiora del Hogar de Cristo. Después del golpe de Estado asumió la tarea de dar sepultura a los cadáveres que flotaban en el Mapocho. Impulsada por dicha experiencia, se unió al MIR; fue detenida y torturada por la DINA. Más adelante, fundó junto a otros CODEPU –Corporación de Promoción y Defensa de los Derechos del Pueblo–, a la vez que participó en el quehacer del Comité Pro Paz. Protegió y salvó la vida de numerosos prófugos del régimen, procurándoles asilo en las embajadas. Ayunó junto a los familiares de Detenidos Desaparecidos durante la huelga de hambre de 1978. Blanca falleció de cáncer años más tarde.

Juan Alsina, fue un joven sacerdote español que integró el Movimiento Obrero de Acción Católica desde donde luchó junto a los postergados por la justicia social. Después de trabajar en diversas parroquias, se desempeñó como jefe de personal en el Hospital San Juan de Dios, en Santiago. Fue detenido en su puesto el día 19 de septiembre del 73, mientras atendía a heridos por la violencia imperante en las calles tras el golpe de Estado. Fue ejecutado por un joven recluta que, años después, arrepentido, confesó su crimen.

Alfonso Baeza. También perteneció al Movimiento Obrero de Acción Católica. Prefirió, a ser nombrado obispo, irse a vivir con los

pobres de la población José María Caro, para compartir sus vicisitudes y luchas. Organizó la Pastoral Obrera desde donde cobijó a los sindicatos. Participó activamente en el Comité Pro Paz para proteger a los perseguidos del régimen militar. Fue acérrimo opositor de la dictadura y defensor de los derechos humanos, en actos y palabras.

Mariano Puga. De origen en la burguesía del país, estudió en los mejores colegios, la Escuela Militar, la universidad. Renunció a todo ello para hacerse sacerdote tras su contacto con los habitantes de las “poblaciones callampas”. Creó la Capilla Universitaria y trabajó junto a los pobladores de Pudahuel y Villa Francia, lo que le valió ser detenido y torturado por los servicios de seguridad de la dictadura numerosas veces. Fue expulsado del país, pero regresó pronto para sumarse a la Vicaría de la Solidaridad. Fue párroco en La Legua, donde lideró a sus pobladores para defenderse del acoso del régimen. Es uno de los pocos curas representativos de esos años de lucha junto a los perseguidos que aún vive.

Inducida por el listado de Grunet, he tenido la iniciativa de seleccionar algunos otros nombres de entre los miembros de iglesia que están más cercanos a mi conocimiento, por diversas circunstancias personales. Los he ordenado en orden alfabético por el nombre de pila —que es como eran reconocidos por sus feligreses y compañeros de lucha en defensa de los necesitados.

Todos ellos, curas obreros, o intelectuales, o teólogos, jesuitas, de los Sagrados Corazones, Maryknoll, salesianos, diocesanos, en ejercicio en la capital o en provincias, consagrados al trabajo cerca de los pobres y los perseguidos políticos, académicos, opositores al gobierno represivo y al atropello de las personas, defensores tenaces de los Derechos Humanos,

actores sociales de sus comunidades, algunos militantes o, incluso, dirigentes de partidos y movimientos de izquierda (MIR, MAPU, Izquierda Cristiana, Cristianos por el Socialismo), todos discípulos de la Teología de la Liberación. Desde las poblaciones marginales, en los Comedores Solidarios de las parroquias, en las Ollas Comunes y los policlínicos comunitarios, a las aulas académicas y las organizaciones de solidaridad, muchas veces cuestionados y acosados por cierta jerarquía eclesial que apoyó y dio legitimidad religiosa al régimen arbitrario y despótico... a todos ellos, gratitud, respeto y honra, y gloria a los mártires asesinados por el odio ciego de la dictadura.

Anita Goossens – belga
 Antonio Llidó Mengual – español (asesinado)
 Alfonso Baeza Donoso – chileno
 André Jarlan Pourcel – francés (asesinado)
 Arnoldo Van Der Mer – holandés
 Blanca Renjifo Pérez – chilena
 Cardenal: Raúl Silva Henríquez
 Carlos Puentes Figueroa – chileno
 Christian Precht Bañados – chileno
 Curas Columbanos
 Daniel Carouette – francés
 Daniel Panchot – norteamericano
 Edgardo Toro – chileno (Pastor Evangélico)
 Elena Chaín Cury
 Esteban Gumucio Vives – chileno
 Edmundo Gumucio Vives – chileno
 Felipe Berrios del Solar – chileno
 Fernando Salas – chileno

Gerardo Poblete Fernández – chileno (asesinado)
Gerardo Whelan – norteamericano
Gonzalo Arroyo Correa – chileno
Hermanas del Prado
Jaime Lancelot – francés
Jorge Orellana – chileno (asesinado)
José Aldunate Lyon – chileno
José Cárdenas – chileno (Pastor Evangélico)
Juana Alborno Guevara – chilena (Pastora Protestante)
Juan Alsina Hurtos – español (asesinado)
Juan Sepúlveda González – chileno (Iglesia Pentecostal)
Karoline Mayer Hofbeck – alemana
“Ma” María de los Ángeles Corcuera – española/chilena
María Cristina Lepeley
María Inés Urrutia
Mariano Puga Concha – chileno
Miguel Woodward Yribarry – chileno/ británico (asesinado)
Misioneras laicas españolas: Consuelo y Paz.
Odile (Nadine) Lobet – suiza
Pablo Fontaine Aldunate – chileno
Patricio Cariola Barroilhet – chileno
Pedro Antonio Aguiar Darrouy – chileno
“Pepo” (José) Gutiérrez Asenjo – chileno
Pierre Dubois Desvignes – francés
Rafael Marotto Pérez – chileno
Renato Poblete Barth – chileno
Roberto Bolton García – chileno
Ronaldo Muñoz Gibbs – chileno

Sergio Torres González – chileno
Sergio Zañartu Undurraga – chileno
Wilfredo Van Der Berg Verstrepen – holandés
Obispos: Enrique Alvear Urrutia
Fernando Aristía Ruíz
Carlos Camus Larenas
Camilo Vial Risopatrón
Enrique Chávez Campos (Evangélico)
Helmut Frenz (Luterano)
Carlos González Cruchaga
Tomás González Morales
Isaías Gutiérrez Vallejos (Evangélico)
Sinforiano Gutiérrez (Evangélico)
Jorge Hourton Poisson
Alejandro Jiménez Lafeble
José Flores B. (Evangélico)
Sergio Valech Aldunate
Juan Luis Ysern de Arce

Y tantos otros que escapan de mi conocimiento.

Sin embargo, quiero dejar, también, estampados en esta remem-
branza honrosa los nombres de los y las religiosos/as de mi pueblo,
Talca, con algunos de los cuales compartí tareas clandestinas de simple
resistencia, como distribución de información impresa, ayuda a los per-
seguidos del régimen, apoyo a las familias empobrecidas de los encarce-
lados, recados al interior de la prisión, procurar vías de escape, refugiar,
trasladar... en fin, lo que las circunstancias inauditas demandasen. Helos
aquí para la Memoria:

Jorge (Terence George) Cambias Gafney
Comunidad de Colín: Hmnos. José y Andrés.
Carlos Condamine
Eduardo “Chito” Espinoza Garrido
Silvia Espinoza Garrido (Abogado del Comité y la Vicaría de la S.)
Santiago Fuster
Guido Goossens
Guido Lebret
Luis García (Pastor Presbiteriano)
Luis Hernot
Daniel Hury
Hmna. Gabriela (Santa Cruz)
Jean Ladan
María Luisa (Casa de Ejercicios, Talca)
“Mini” María (Maryknoll)
Florentino Molina Farías
Pablo Mason
Carlos Serrano
Agustín Vial
Carmen Vial
Rosalina Yáñez (Primera encargada del Comité Pro-Paz, Talca. Laica)
Hugo Zambra (Laico)

Gracias a todos ellos y a los que no supe mencionar.

Í N D I C E

PRÓLOGO	5
1. DE REGRESO DEL CAUTIVERIO	7
2. ACOGIDAS EN EL REGAZO DE LA IGLESIA	18
3. PUNTA DE TRALCA	26
4. EL CONVENTO DE CLAUSURA	40
5. DE REGRESO A CASA	53
6. ASEDADAS POR LA POLICÍA SECRETA	62
7. DE VUELTA A SANTIAGO	69
8. MÁS ZOZOBRAS	78
9. VOLVER A LA VIDA	84
ANTECEDENTES DE LA IGLESIA SOLIDARIA DE LAS DÉCADAS DE LOS 60 Y 70 EN CHILE	89

COLOFÓN

EDICIONESINUBICALISTAS@GMAIL.COM

EDICIONES

PUERTAS EN LA OSCURIDAD © ADRIANA BÓRQUEZ, RPI 276.576, ISBN 978-956-9301-22-3, FUE EDITADA Y PRODUCIDA EN LOS TALLERES INUBICALISTAS DE BARRIO PUERTO, VALPARAÍSO. PARA LOS INTERIORES SE UTILIZÓ PAPEL BOND AHUESADO DE 80 G Y OPALINA DE 250 G, CON TERMOLAMINADO OPACO PARA LA PORTADA. SE IMPRIMIERON 300 EJEMPLARES EN EL MES DE ABRIL DEL AÑO 2017.

INUBICALISTAS

WWW.EDICIONESINUBICALISTAS.CL

